

Alma
FERNÁNDEZ



El papel
DE MI VIDA

El papel
DE MI VIDA

Primera edición.

El papel de mi vida.

©Alma Fernández

©Abril,

2021.

Todos los derechos

reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

[Agradecimientos](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Epílogo](#)

Agradecimientos

A mis Chicas de la Tribu, a todos mis lectores:

Gracias es una palabra que se queda muy corta cuando pienso en vosotras.

Con vuestro apoyo y cariño todo es más fácil, sin olvidar tampoco a mis compañeros, que son el motor que me impulsa a seguir adelante.

Por muchos días más juntas,

Os adoro...

Alma.

“Nuestro destino habita dentro de nosotros. Sólo necesitas ser suficientemente valiente para verlo”

Capítulo 1



Como un cuento de hadas decía Sebas que había sido lo mío con Mario, vaya ojito el suyo. Que Dios le conservara al menos oído, porque con la vista no tenía ya nada que hacer.

—Niña, ¿estás bien? —me preguntó y me sacó de mis pensamientos.

—Bien jodida, eso es lo que estoy, amigo. Y menos mal que te tengo a ti.

—Y que lo digas. Yo te veo fatal, con esas ojeras que me llevas, ¿tú crees que vas a poder tragarte ese sapo? —se interesó con esa carita que era para comérselo, aunque le hubiera arrancado el pescuezo por eso que me dijo de las ojeras, con lo que a mí me gustaba cuidarme.

—¿Tantas ojeras tengo? Pues sí que estoy apañada—resoplé.

—Nada que no se quite con un buen corrector. A ver, déjame que te aplique un poco, bobita.

—Ni corto ni perezoso sacó uno y empezó a darle al asunto como si no hubiera un mañana.

—Tienes unas manos que son para embalsamártelas, Sebas, ¿Qué haría yo sin ti?

—Estar perdida en la vida, pero muy perdida, Laila... Es más, no creo que hubieras podido llegar a cumplir los veinticinco sin sufrir un accidente mortal si yo no hubiese estado a tu lado. —Volteó los ojos y se echó para atrás.

—¿Los veinticinco sin rima? —le pregunté burlona. Aunque no tenía ganas ni de mirarme, con Sebas siempre me reía.

Mario se revolvió en su asiento, que se ve que los remordimientos deben dar acidez de estómago o algo. Y eso contando con que él supiera lo que era eso, que tampoco las tenía yo todas conmigo.

—Sin rima o con rima, y no mientes la sogá en casa del ahorcado, que tú al menos tienes la posibilidad de darte un buen homenaje estas semanas, pero yo, como no recurra a la alemanita, ya me contarás.

—¿A la alemanita? ¿Quién es esa? ¿La nueva masajista? —bromeé porque mi amigo era gay.

—No, es mi prima la coja... Niña, ¿tú en qué mundo vives? La alemanita, lo que viene siendo darle a la zambomba de toda la vida de Dios...

Mi risa se escuchó en todo el avión, pese a que en aquellos días no pasaba por mi mejor momento. El caso era que Sebas ejercía sobre mí un efecto terapéutico, siempre ocurrió y así seguía siendo.

—Eres la bomba, niño, de veras que no sé lo que haría sin ti—insistí.

—Y dale, Laila, que te repites más que el ajo... Tú no necesitas a nadie para brillar con luz propia, no sé cómo tengo que decírtelo. Sin mí harías lo mismo que conmigo, destacar.

—Eso era antes, Sebas, ahora me veo apagada.

—Apagada, derrotada, hundida... Qué hartito estoy ya de escucharte, me voy a cagar en todo lo que termine en -ada, niña, que me voy a tener que tomar un ansiolítico por tu culpa. Y luego va a ser Pablo el que pague el pato, cuando lo pille ese va a chillar.

Pablo era el nuevo novio de Sebas, él que era un tirillas, siempre se fijaba en todos los fortachones del gimnasio. Y en aquella ocasión había sonado la flauta, el musculitos de turno le correspondió. Además, el tío tenía buen fondo, por lo que mi amigo estaba que se salía del pellejo con él.

—Disfrútalo ahora que puedes, que nunca sabe una cuándo va a venir una lagarta a quitarle la alegría. —Miré a Valle, que estaba sentada cerca de Mario, y pensé que no sabía si como decía mi amigo me podría tragar ese sapo, porque atragantado lo tenía una cosita mala.

—En mi caso no creo que sea una lagarta, también te digo. Un lagarto sí puede ser, uno que tenga el rabo muy largo.

Sebas tenía para todo el mundo y para todas las ocasiones. Imposible ser más locuaz... Él y yo éramos de Palencia, y siempre que íbamos al extranjero nos reíamos cuando algún lumbreras nos hablaba de las excelencias de la paella, confundiendo nuestra tierra con esa otra también maravillosa, famosa por sus Fallas.

Él sintió mucho mi marcha a Barcelona, ciudad a la que me trasladé para estudiar arte dramático. Hice bien porque, aunque todavía no había triunfado como actriz, ahora tendría que echar mano de mis dotes como tal para poder soportar la situación.

A la ciudad condal llegué con la maleta llena de ilusiones y sin un euro en el bolsillo. Mis padres, que tenían cuatro hijos más pequeños que yo, me dijeron que si lo hacía tenía que ser por mi cuenta y riesgo, que ellos no me podían dar más que un plato de comida en casa, pero hasta ahí.

Yo lo hablé con Ruth, mi mejor amiga, con la que compartía el sueño de pisar los escenarios.

—Te deseo mucha mierda, como se suele decir en el argot, y te prometo que en cuanto pueda me piro para allá contigo, estoy hasta los ovarios de reponer en el super...

Por lo menos ella tenía trabajo, pero es que yo llevaba tres meses en el paro y no podía estar más desesperada.

—No se te ocurra dejarme en la estacada, ¿eh? Que a mí esto de irme sola me da un poco de yuyu.

—¿Tú eres tonta? ¿Cuándo te he dicho yo algo que no cumpliera?

—¿Cuándo? Déjame que haga recuento...—Me puse a contar con los dedos y ella me dio un zasca en toda la cabeza.

—¡Ay, eres un animal de bellota! —le chillé. Y me decidí a dar el salto. Ciertamente que Ruth no asomó el hocico por allí, pero en el fondo era algo que ya intuía.

Mis comienzos en Barcelona no es que fueran para tirar cohetes. Por las mañanas me empleé en una casa en la que cuidaba niños. El tema del alojamiento, que era lo principal, lo tenía salvado. No en vano, yo escogí esa ciudad porque allí vivía mi tía Paloma.

Mi tía, eso sí, muy, muy feliz no es que fuera la mujer. Me explico, le habían diagnosticado de joven una depresión tal que le llevó a que ella, que era funcionaria, acabara con una paguita en su casa. Y aquel lugar venía a reflejar su carácter que, cuando menos, era más ácido que un limón.

Para colmo, la casa en la que me empleé, gracias a un contacto suyo, no es que fuera a reportarme innumerables satisfacciones; seis niños más malos que la quina (que para eso sus padres eran del Opus) y él, encima, más salido que el pico de una mesa.

No, no era lo que yo había soñado ni se le parecía en nada; ese tío muy religioso sí que sería, pero que cuando no me estaba mirando el culo era porque babeaba con mis tetas.

—Tía Paloma, ¿y no me puedes buscar otra casa? —Mira que en esa voy a durar dos telediarios, que no veas cómo me mira el asqueroso ese.

—El asqueroso ese es el señor, así que menos tonterías y a dar el callo, que la mesa no se pone sola.

“El señor”, tampoco tenía cuentos mi tía ni nada. Y gracias a ello, se suponía que yo debía aguantar carros y carretas... Hasta el día que “el señor” se permitió el lujo de darme “un extra” junto con la paga.

—¿Qué mierda ha sido eso? —le pregunté cuando noté que puso sus pezuñas sobre mi culo, dándome un pellizco.

—Eso ha sido un cariñito, mujer, no seas arisca. Si lo fueras menos, yo podría hacer que tu vida mejorara, no sé si me entiendes.

Sí que lo entendí, igual que me entendió a mí cuando le solté aquel mega guantazo y lo dejé con los ojos fuera de las órbitas.

—Buena la has liado, sobrina, ahora sí que te vas a tener que buscar la vida sola, que yo no estoy para mantener a nadie y ese era el único contacto que tenía.

—Tía, pero ¿es que no has escuchado que ese cerdo me ha metido mano?

—Mujer, tanto como meterte mano, que digo yo que habrá sido un pellizquito de cariño.

No era que mi tía Paloma se hubiera caído de un guindo, no, es que esa, con tal de coger un euro hacía el pino puente. Y el que yo perdiera el trabajo era lo peor que me pudo ocurrir cara a ella. Dos semanas más tarde, seguía sin curro y eso provocó entre nosotras tan mal rollo que solo tardó otras dos en ponerme de patitas en la calle.

—Espero que de una vez sientes cabeza—me dijo y todavía me recordó lo muy agradecida que debía estarle por pagarme el billete a Madrid.

Y digo a Madrid porque yo le aseguré que a casa no volvía, que antes iba a probar suerte en la capital.

Si miedo me había dado dar el salto de Palencia a Barcelona, enfilarse sola para Madrid es que ya me dio verdadero terror. Pero yo, con tal de cumplir mi sueño de subirme a un escenario, estaba dispuesta a luchar contra todo y contra todos.

Fue en el aeropuerto, mientras maldecía mi suerte y me acordaba de la familia del que inventó el *overbooking*, cuando conocí a Cristina.

—¿También te vas a quedar en tierra? Joder, qué mala pata—resopló.

—Yo a ti te conozco, ¿de qué? —Me quedé mirándola fijamente.

—Será de “Micrófonos abiertos” el programa de la tele.

—No jodas, eres Cristina... ¡Yo me muero! Es que no te había ubicado porque con las gafas, la gorra y eso...

—Ya, ya, es que acabamos de salir y ya se sabe, la gente te da mucho la murga. Y yo en el fondo la música la amo, pero lo de la peña ya lo llevo peor.

—Entiendo, yo quiero ser actriz, ¿sabes?

—Jo, así que las dos vamos a acabar en el mundo del faranduleo—repuso.

—Dios te oiga, que yo con muy buen pie no he comenzado. No como vosotros, que habéis dado el señor pelotazo. —Reí.

—Al menos de momento, pero que yo no me lo creo ni nada, ¿eh? Que torres más altas han caído.

—Qué va, mujer, pero si la gente está con vosotros como Mateo con la guitarra, por el amor de Dios—concluí.

—Ya, pero que este mundo también puede ser muy perro, que hoy te encumbra y mañana te manda a freír espárragos. Qué ganas tengo de fumar un pitillo, por favor, ¿tú no?

—Yo también, que estoy ya que me subo por las paredes...

Así conocí a Cristina, la que habría de convertirse en mi gran amiga, dado que desde el minuto cero estuvo dispuesta a echarme un cable.

—Pues chungo lo tenemos, pero mira, por ahí viene la azafata, ¿nos dejarán en tierra?

—A mí como me dejen duermo aquí en el aeropuerto, que ya no tengo sitio al que ir...

—De eso nada, te vendrías a mi casa—me ofreció mientras escuchaba con atención lo que la chica tenía que decirnos.

—¿A tu casa? Pero si no me conoces de nada, mujer, qué corte... eres muy buena gente. Mira que ya me caías bien de verte en la tele, y no es peloteo, pero ahora me caes sensacional.

—Gracias, tú también eres un encanto. Estoy segura de que vas a tener suerte en Madrid, nos la merecemos.

—Tú ya la has tenido, pero a mí me parece que tengo la negra. No sé si será que me ha mirado

un tuerto o qué, pero es que llevo una temporadita...

Lo hubiera hecho o no, suerte tuvimos, dado que al final pudimos volar las dos. Un problema menos, que bastante tendría con los que me encontrara cuando llegase a Madrid.

Me daba pavor pensar en que ni siquiera nadie me recogería en el aeropuerto. Qué sola me encontraba...

Y un año después, montada en otro avión camino de Méjico, pensaba en la noche en la que conocí a Cristina como si hiciera un siglo, cuando lo único que habían transcurrido eran doce meses... Ahora bien, no se trataba de un año cualquiera, sino de uno en el que mi vida había cambiado de medio a medio....

Capítulo 2



Los recuerdos seguían volviendo a mi memoria. Aquel viaje a Madrid en compañía de Cristina no se me pudo hacer más ameno. Sebas siempre me decía que ella era mi otro ángel de la guarda, junto con él.

—¿Y tú dónde te vas a alojar? —me preguntó cuando nos hubimos sentado juntas en el avión.

—Yo voy a un piso compartido con varias chicas más en el barrio de Malasaña, ¿y tú?

—Yo también voy a un piso compartido, pero con Mario y David, mis compis.

—¿Mario Marchante y David Espínola? Me caigo muerta en la piedra—teatralicé un vahído, que para algo iba yo para actriz.

—Los mismos, si nos sigues ya sabrás que nos llevamos a partir un piñón. Mario viene de Álava y David de Santander, de modo que vamos a unir fuerzas como ya hicimos durante la grabación del programa, que formamos una piña.

Unos meses atrás acabó ese programa que me hacía sentarme en el sofá de Sebas cada jueves por la noche delante de la pantalla y no despegarme hasta que acababa. Por la mañana venían los lamentos, pero me daba lo mismo. Todos me dejaban boquiabierta, pero en el caso de David la cosa iba un paso más allá; con él se me caía la baba.

—Yo con David pierdo pie, ¿no habría posibilidad de que me dedicara algo? Puedo dejarte mis señas, moriría por unas letras tuyas—suspiré.

—No me seas tontaina, ¿tú quieres conocerlo? Si los dos van a venir a recogerme al aeropuerto, se lo digo y te acercamos a Malasaña.

Menos mal que estaba apoyada en el respaldo del asiento, porque de otro modo me habría caído de espaldas. Cuando se lo contara a Sebas fliparía. Él y yo hablábamos todos los días prácticamente desde que me marché a Barcelona. Cuánto echaba de menos a ese petardo al que quería con toda mi alma.

Por aquel entonces Sebas, que era estilista, trabajaba en un salón de belleza en Palencia en el que ganaba cuatro duros y lo trataban a patadas. A mí se me caía el alma a los pies porque él, que ya rozaba la treintena, era un profesional como la copa de un pino y estaba minusvalorado en su trabajo.

En su casa, que al menos podía darse el gusto de vivir solo, fue donde vimos semana tras

semana un programa que fue líder de audiencia y en el que aquellos chicos fueron creciendo personal y profesionalmente, como ya he comentado al referirme a su sofá.

Si mi amigo iba a flipar, yo no me quedaba atrás...

—¿Que si quiero conocerlo, dices? ¡Es que me muero por hacerlo! —exclamé.

—Pues no te mueras tanto y te aconsejo que no idolatres a nadie, que no somos divos ni nada que se le parezca, aunque a alguno puede que se le haya subido la fama a la cabeza un pelín más de la cuenta.

Cristina sabía muy bien lo que decía y por quién lo decía, y yo también me iba a terminar enterando. De eso, y de lo que vale un peine, de todo un poco, como en botica.

Cada minuto del viaje se me hizo eterno... El corazón se me aceleró tanto que sentí que se me iba a salir por la boca. Maldita costumbre mía de llevar tacones, que las piernas me temblaban tanto que llegué tambaleándome hasta ellos.

—David esta es Laila, que nos ha seguido en el programa—me lo presentó y yo fui a darle dos besos, de lo más ufana y natural.

—Ains, es que no sabes las ganas que tenía de conocerte. —Hasta la lagrimilla a flor de piel por los nervios noté.

—Les suele pasar a todos—me soltó y ni la opción de darle los dos besos, que el tío parecía estar mucho más pendiente de si había por allí algún fotógrafo que inmortalizar el reencuentro entre ellos tres que de otra cosa.

No pude quedarme más cortada... Vaya engreído que estaba hecho, pues sí que se le habían subido los humos, a él debió referirse Cristina cuando me lo advirtió un rato antes.

—¿Así que nos has seguido todo este tiempo? —Mario sí que se acercó y me dio dos calurosos besos. Ese otro chico, que también tenía una cara de lo más salada, aunque su físico no fuera tan portentoso como el de David, daba la impresión de estar hecho de otra pasta.

—Sí, no me he perdido ni un programa. Los vi todos con mi amigo Sebas, que también es súper fan vuestro. Si me viera aquí iba a alucinar, ya veréis cuando se lo cuente.

—Seguramente lo verá en unas horas en la prensa, no será necesario que le cuentes nada—añadió un David al que se le cambió la cara, tornándose en alegría, cuando vio a un par de paparazzi dirigiendo sus objetivos hacia donde estábamos nosotros.

—Es el precio de la fama, chica. —Cristina se encogió de hombros.

—Pero que es llevadero, no creas. —Mario era muy amable, en el programa no se había mostrado excesivamente hablador y eso hizo que a mis ojos pasara más desapercibido.

—Lo supongo, ¿me firmarías un autógrafo? Ains, porfitita, y otro para Sebas, que lo vas a hacer muy feliz.

—¿Qué clase de tío es feliz porque otro le firme un autógrafo? ¿Uno de la acera de enfrente? —me espetó David y la furia se dejó ver en mi cara.

—Si lo que estás insinuando es que mi amigo es homosexual, te diré que has dado en el blanco de la diana, pero que a mucha honra, ¿eh? A ver qué mierda te has creído tú, niño.

Las caras de Cristina y de Mario fueron para inmortalizarlas, aunque ya lo hicieron los chicos de la prensa, aun sin saber qué perlas le estaba soltando yo por la boca a aquel engreído, que resultó además ser un machista redomado.

A resultas de aquello, ni una palabra volví a cruzar con él por todo el camino, no así con Mario, con quien comencé a hablar como si me hubieran dado cuerda, pues con ese castaño de ojos almendrados sí que me sentí súper a gusto.

—¿Te gustaría que fuéramos a tomar algo una tarde de estas? —me comentó cuando me bajé del coche y le di un par de besos, pues era él quien conducía.

—Cómo no, sería la caña—le contesté mientras también me despedía afectuosamente de Cristina, muy al contrario que de David, a quien no le dirigí ni un “por ahí te pudras”.

A raíz de ahí todo salió solo... a diario yo trabajaba cuidando a una señora mayor por las tardes y por la mañana iba a clases de interpretación. Eso sí, me pasaba el día soñando con que llegara la noche; el momento mágico en el que Mario me recogía y me llevaba al piso con ellos.

Durante las primeras semanas, me quedaba a cenar y después me acercaba a casa, pero pasado un mes me hizo la gran propuesta.

—Laila, yo me estoy enamorando de ti y lo de separarnos cada noche no me mola nada. Además, tú y David tenéis un mal rollo evidente, ¿nos cogemos un pisito los dos?

Los ojos me hicieron chiribitas, porque para aquel entonces yo ya también había recibido un flechazo de Cupido que me había atravesado el corazón.

—Mario, yo me muero por eso, pero lo malo es que sabes que no voy sobrada de pasta; en el piso de Malasaña es que hay más gente que en la guerra, si hasta el cuarto lo comparto con otra chavala, pero pillarnos algo más caro, no voy a poder.

—Te estoy proponiendo que vivamos juntos, no que hagas un mayor esfuerzo económico, preciosa. De lo del piso me encargo yo, y deja el curro ese de por las tardes, dedícate a prepararte para la interpretación, que es tu sueño.

—No, de ninguna manera, yo tengo que aportar a la casa, ¿o es que voy a ser una carga?

—¿Una carga? A ver, muy pesada no eres. —Bromeando, me cogió en brazos.

—En serio, Mario, yo no quiero que me mantengas, no he nacido para eso—le expliqué.

—Ni yo lo consentiría, lo que pasa es que no quiero que pierdas el tiempo, Laila. Dedícate a tus clases y ya verás que le sacaremos mayor rentabilidad. A mí no me va nada mal, ya lo estás viendo, el dinero no es problema—me tranquilizó.

Fue a Sebas a quien llamé para pedirle consejo, porque sabía que la loquilla de Ruth me diría del tirón que me aprovechase lo que pudiera, pero yo no era así.

—Ay, amigo, ¿qué hago? Es que no quiero sentirme una mantenida y encima, si la cosa sale

mal, me puedo quedar con una mano delante y otra detrás, Sebas de mi alma.

—Sebas de tu alma y de tu corazón, fíjate el riesgo que corres, como si estuvieras dejando tu cartera de ministra. No le des más vueltas, Laila, haz lo que te dice, el tío parece súper sincero. Y si el día de mañana se tuercen las cosas, que no tienen por qué hacerlo, tú ya serás una actriz reputada, ¿te he dicho alguna vez que te veo haciéndole la competencia a Penélope allende los mares?

—Tú sí que habrías tenido buena madera de actor, qué cosas se te ocurren... Pero que tienes razón, niño, que igual lo que debo hacer es prepararme a conciencia.

—Y quién sabe si el día de mañana no eres tú hasta más famosa que él, claro que sí, qué suertaca has tenido, Laila, la que te mereces...

Sebas se quedó patidifuso cuando comencé a salir con Mario; el azar me había llevado hasta uno de esos chicos que tanto admiramos juntos... Un chico con el que yo me veía viviendo una historia de amor como esas que me gustaría protagonizar en la pantalla.

De siempre había sido una romántica empedernida, mis hermanos solían mofarse de mí diciéndome que si me había tragado una novela y yo, que era la mayor, les respondía caneándolos a placer. De mi vida antes de conocer a Mario diría que ni fu ni fa, no es que fuese la chica más feliz del mundo, pero tampoco me sentí jamás una desgraciada. Y mucho menos a tiempo completo, como comentaba Ruth de ella, que odiaba su curro y su problemático entorno familiar.

Ni una semana tardamos en encontrar nidito de amor. Nos cogimos un piso en Ciudad de los Periodistas, una zona de Madrid que me gustó desde el mismo momento en el que la conocí un día que fuimos a visitar a Toni, un músico de los que tocaba con los chicos.

—A mí no me importaría vivir aquí—le comenté a Mario esa noche cuando vi lo cuco que tenía el piso Toni.

—¿Que no te importaría o que te gustaría? —me preguntó él con su sal y su pimienta.

—Que me gustaría, y a quién no, qué bonito—suspiré.

Lo cierto era que todo lo que comenzaba a vivir era como un sueño; en una semana dejé el trabajo y me dediqué en cuerpo y alma a mis clases, a decorar el nidito y a hacer las delicias de mi chico, del que estaba cada día más enamorada.

Creo que puedo decir que fueron más o menos seis meses los que viví con total felicidad sin bajarme ni un instante de la nube, transcurridos los cuales comencé a ver ciertas cosas que me chocaron un poco.

No voy a decir que Mario cambiase de la noche a la mañana porque tampoco fue eso, pero sí que dejé de ser una prioridad en su vida.

Ese momento coincidió con otro que para mí fue trascendental y que propicié yo misma; el traslado de mi querido Sebas a Madrid. Un buen día, Mario comenzó a darme las quejas del estilista del grupo, que trabajaba acompañándolos a galas, actuaciones y demás.

—Yo no sé si el tío está en el limbo o es que se mete de todo por la nariz, pero me tiene hasta la punta del pelo, no da pie con bola, les he dicho a los chicos que deberíamos buscarnos a otra persona.

—¿Y si se lo digo a Sebas? —Él ya lo había conocido porque vino un finde a vernos meses atrás.

—¿A Sebas? Bueno, al tío parece que le encanta lo suyo, pero ¿tú crees que estaría dispuesto a venirse a vivir aquí?

—No sé, no sé... Dejar su trabajo en un salón de mala muerte en el que no lo valoran por venirse con vosotros, unos chicos que estáis en el candelero y que vais para arriba como la espuma, yo creo que es un mal cambio...—Ya me veía diciéndoselo a mi amigo.

El problema de Sebas, le había pasado siempre, era que le costaba salir de su zona de confort, pero no le dejé alternativa.

—Te vienes o te vienes—le comenté antes de que pusiera alguna pega.

—Me voy, me voy hoy mismo, no pido ni la cuenta—me contestó decidido. Él mismo entendió que trenes así no pasaban todos los días, que el suyo iba a ser un trabajo digno por fin y que, para más inri, nos permitiría volver a compartir vida y confianzas.

Capítulo 3



Suerte que me pilló con él al lado, porque la bomba me estalló en toda la cara unos cuantos meses después.

—Dime que no es cierto—le comenté con lágrimas como puños a Mario cuando llegó a casa, que ya sabía que la noticia se había publicado esa tarde.

—Te prometo que no sé cómo ha ocurrido, yo te quiero a ti, Laila, no lo dudes...

—¿Que no lo dude? ¿De veras es eso lo que me estás diciendo? Lo que no dudo es que tienes un morro que te lo pisas, Mario, ¿me has puesto los cuernos cuando lo nuestro todavía está empezando!

—Se me fue de las manos, Laia, fue la otra noche, la de cena, cuando tú no pudiste venir porque tenías una prueba la mañana siguiente.

Acababa de terminar mi curso de interpretación y las primeras oportunidades llamaban a mi puerta. Yo había estado más dedicada de lo normal a lo mío en aquellos días y mi novio debió aprovechar que el Pisuerga pasaba por Valladolid para montárselo con otra.

Además, lo que más me jodía es que lo hubiese hecho con Valle. No, eso lo he dicho por decir, ya que todo me jodía por igual. Vaya dolor que me había provocado el muy cabrón, eso no se hacía...

La tal Valle, que también parecía que se los iba a llevar a todos por delante (aunque la culpa era de mi novio, que ella no tenía que dar explicaciones a nadie) también había salido del concurso con ellos. Al poco de llegar todos a Madrid, ella también se vino. Mario, David y Cristina tenían pensado formar un trío musical, pero ella, que era más lista que el hambre, los convenció para que fueran un cuarteto.

La menos convencida del asunto fue Cristina, que ya había tenido algún que otro rifirrafe con ella mientras se emitió el programa.

—Los tíos son tontos, se les convence enseguida, pero a mí Valle no me gusta ni un pelo—me confesó cuando los otros dos la presionaron para que aceptara.

—Yo hablaré con Mario, chica, a mí tampoco me da buena espina.

Y hablé, y me sirvió únicamente para gastar saliva, que ya David se había encargado de aleccionar previamente a mi novio.

—Sé lo que te voy a decir no te va a hacer gracia, que tienes tus muchas diferencias con David y con motivo, Laila, pero el tío tiene buen ojo para la música y cree que Valle es esa pieza que necesitamos para dar el salto definitivo a la fama.

El salto decía, como si no se viera venir que ellos iban a llenar estadios con un chasquear de dedos.

—Yo no puedo influir en vuestra decisión, pero las mujeres tenemos un sexto sentido para esto, y te advierto que Cristina y yo no lo vemos nada claro.

—Ya, pero, perdóname... ¿no puede ser que os dé algo de pelusilla que haya otra chica en el grupo? Verás, no sé, a ella por dejar de ser la única y a ti...

—¿A mí porque esté cerca de ti? Un poquillo infantil me parece el comentario, perdona que te diga, que yo soy una mujer hecha y derecha—me quejé.

Hombre ya, que yo estaba en el mundo artístico también y tenía un montón de compañeros. Pues precisamente vaya cosa le iba a decir a una aspirante a actriz, que igual el que terminaba celoso perdido era él cuando a mí me tocara protagonizar ciertas escenas con algún compañero.

—No sé, perdona, pero es que os veo tan reacias que me da que pensar, cariño.

Que pensar, como si aquellos dos descerebrados estuvieran acostumbrados a pensar. En todo caso, lo harían con la cabeza de abajo, eso sí...

En pocas semanas Valle y David estaban saliendo. Dentro de que todos tenían su público (y mucho, que a veces las chicas nos asaltaban por la calle cuando Mario y yo íbamos tranquilamente paseando), el tirón de David era indiscutiblemente mayor, por lo que cada vez se le subía más la fama a la cabeza y estaba realmente insoportable.

—Pues no te creas que Valle está mejor, que menudos aires de grandeza que tiene también la tía—solía comentarme una Cristina que era la única a la que la fama no parecía afectarle, mi amiga seguía siendo la chica sencilla que conocí.

En menos de lo que canta un gallo, David y ella rompieron, algo de lo que se hizo eco la prensa, a lo grande. Más que tratarse de una ruptura, a los dos parecía haberles tocado la lotería, pues les gustaba más un micro que a un tonto un lápiz.

—Estoy muy triste, pero son cosas que suceden, chicos. De todos modos, haré caso al dicho ese de que la puerta por la que sale un hombre la cruzará pronto otro—manifestó la diva aquella.

Me dio un coraje tremendo cuando la escuché, porque yo la trataba a menudo y sabía que esa ni estaba triste ni nada que se le pareciera. Y eso que por aquel entonces no sabía que el próximo que cruzaría la puerta iba a ser Mario.

Lloré como una Magdalena la infidelidad de mi novio, porque a pesar de notar lo un tanto cambiado y distante de un tiempo a esa parte, yo lo seguía queriendo con todo mi corazón.

—¿Sebas qué hago? Yo lo quiero, tú lo sabes mejor que nadie.

—Y tanto que lo sé, mi niña, mira que hacerte esta jugada con lo poco que te lo mereces...

Ganitas me dan de cortarle el gaznate cuando le corte el pelo, igual se me va la mano y te lo devuelvo en dos piezas. —Ya volvía a hacerme reír, él siempre con sus disparates.

Por aquel entonces, Sebas ya estaba comenzando a tontear con Pablo y lo suyo iba como la seda.

—Es que vaya jodienda, y más ahora, que ya me veía con él, contigo y con Pablo, los cuatro de cenita romántica.

Llevaba un par de días en casa de mi amigo, pues a Mario le pedí un tiempo para pensar en aquella locura que me había jodido la vida.

—Ya, eso sí, y yo... Hasta de vacaciones nos veía juntos, pero no sé qué decirte, Lailita, es que verás, no te quiero poner mal cuerpo...

—Lo sé, pero necesito que me seas totalmente franco, yo no quiero paños calientes, lo que preciso es un amigo que llame a las cosas por su nombre de verdad.

—Pues entonces *“aquí me tienes...”*— comenzó a cantar por El Arrebato, que su madre era andaluza y él tenía una vena flamenca muy divertida.

—Dale, ¿qué hago? —Quería reír y a la vez llorar, no sabía ni lo que tenía encima.

—Si le vas a dar una oportunidad, que te veo venir, no seré yo quien te quite la idea, pero ándate con cuidado. A ver, amiga, con esto no te estoy descubriendo América; quien te la hace una vez, te la puede seguir haciendo—se sinceró.

—¿Y si ella le ha enredado? También la conoces, tiene timba la tipeja.

—¿Y él es un santo? Oye, que a mí Mario me cae sensacional, tú lo sabes, pero que la ha cagado; ya podía ella ser el bicho que picó al tren, que si él no hubiera entrado al trapo tú seguirías estando más alegre que unas castañuelas.

Verdades como puños eran las que salían siempre de la boca de mi amigo. Lo escuché y, pese a eso, tomé mi propia decisión.

Desde entonces habían pasado un par de meses más y yo no podía evitarlo; andaba con la mosca detrás de la oreja. Además, mi postura no es que fuera precisamente fácil, pues Valle y Mario seguían trabajando cada día codo con codo.

... Y luego estaba lo de la gira por Méjico. Los chicos acababan de grabar su segundo disco, toda vez que el primero había tenido un éxito brutal, y la gira promocional por ese país era un hecho.

—¿Tú te quieres venir, mi niña? —Mario andaba con mucho tacto desde su desliz.

En honor a la verdad, no puedo decir que lo suyo con Valle hubiera sido un amor de leyenda ni una aventura fraguada durante mucho tiempo a mis espaldas, sino más bien el fruto de una noche en el que a él se le fue la olla y a ella... No sé, de siempre sospeché que quizás se trató de una encerrona en el sentido de que llamara a los paparazzi para que les pillaran ya en actitud comprometida en el restaurante. Esa misma actitud fue la que les llevó luego a rematar la faena en

su casa, de donde le pillaron saliendo horas más tarde.

Al menos agradecía al universo que mi novio me confesara su culpa y no tratara de hacerme ver que habían ido a tomar unas copas y punto. Aunque, por otra parte, me dolió como si me hubieran lanzado con una catapulta y aterrizara de golpe en la gran puñeta, dado que a nadie le gusta escuchar una confesión de infidelidad de boca de su pareja, pero mejor así que no seguir negándola.

Ahora la pelota estaba en mi tejado, y que me pillara un tren si yo iba a dejar que los cuatro se fueran solos a Méjico. Vaya, que quien dice solos, dice con todo su equipo, incluyendo a mi confidente Sebas, pero que no... Además, yo debía estar allí para marcar territorio. Y eso que no me venía nada bien, porque tenía un par de pruebas en Madrid que me perdería.

Total, que como no se puede tener todo en la vida, me monté con todo el grupo en el avión y allá que nos fuimos a tierras mejicanas. Mientras hablaba con Sebas, se me revolvían las tripas de ver cómo Valle se dirigía a Mario como si tal cosa. Ella y yo no nos hablábamos, demasiado que no la cogí por los pelos y la dejé como una bombilla de calva...

Ya, ya, que la culpa era de mi novio y así lo he manifestado, pero que eso no quitaba para que a mí me llevaran los demonios por el hecho de que ella actuara con tanto descaro.

—¿Él mantiene las distancias? —le pregunté a Sebas como si yo no lo estuviera viendo con mis propios ojos, estábamos ya a punto de aterrizar y necesitaba esa palmadita en la espalda que mi amigo siempre me daba.

—¿Pues no estás viendo que sí? Laila, como si no tuvieras ojos en la cara... Te lo he dicho un montón de veces, así tampoco puedes estar.

Por “así” se refería a ese estado en el que estaba, pero no estaba; en el que quería, pero no quería; en el que trataba de olvidar, pero no olvidaba...

—Ya, pero contesta.

—Que sí, que él mantiene las distancias, mujer. Mira, yo no te aconsejé que volvieras con Mario, pero tampoco lo puedes vigilar todo el día como si fueras una puta cámara de seguridad.

—¿De las nuevas o de las antiguas? Como las viejas de pueblo...—Traté de hacer el chiste porque ya estábamos a punto de tomar tierra y eso me generaba un cierto nerviosismo, no sabía el porqué.

—De las nuevas, que tú eres muy moderna; mira qué fachada tienes. Laila yo te veo de actriz de telenovela, espera, que te alboroto un poco el pelo en plan leona...

—¡Estás loco! —le chillé y todos nos miraron. En cierto modo, desde que aquello ocurrió, sentía como si hubiera dos bandos; ellos y nosotros, y solo Cristina permanecía neutral.

—¡Qué guapa! —me chilló ella mientras Sebas no paraba erre que erre con mi pelo.

—Si es que esta niña tiene un pelo Pantene que da gloria vérselo—le soltó él y eso iba con segundas, que siempre decía que Valle guapa era, sobre eso no había discusión, pero que tenías

pelos de rata. En concreto, hacía alusión a sus “tres pelos y medio” y el tío se partía de risa.

—Calla, que se te ve el plumero, condenado...

—¿Y qué? ¿Es que ellos pueden ir a su bola y nosotros no a la nuestra? No te lo has creído ni tú, guapita de cara. Además, a mí el plumero se me ha visto desde que nací...

—Eso será la pluma, no me seas burro...—De nuevo las risas que no parecían ser del todo del agrado de la pécora aquella, que les dio a entender a sus compañeros que le ensordecía nuestro jaleo.

—Tú no la cogiste por los pelos, pero yo igual un día sí que lo hago y así me ahorro trabajo. Total, con un tironcito la dejo con un *look* a lo teniente O’Neil que va a sorprender al público...

Mi amigo, después de lo sucedido, los veía ya desde otro prisma; ni ellos eran más que nosotros ni nada que se le pareciera. Por fin, su ego subió, ya no era el chaval al que explotaban en un salón de barrio de Palencia; Sebas sabía lo que valía, era un hombre nuevo.

Por fin llegamos al aeropuerto, donde los muchísimos fans del grupo nos recibieron en olor de multitudes.

—No te apartes de mi lado, que colapso. Ve voy a tener que tomar un ansiolítico—le comenté a Sebas al ver que allí había paparazis para parar el tren. Yo estaba acostumbrada a la prensa, pero no a tanta de golpe. Y es que, inevitablemente, lo sucedido entre Mario y Valle le había dado tal morbo al asunto que una foto de ambas juntas valía su peso en oro.

—¿Cómo llevas que tu chico y ella sigan trabajando juntos, Laila? —Me preguntó uno que abrió la caja de los truenos, el muy desgraciado.

—¿Y tú cómo llevas el tener esa cara? —Se apresuró a preguntarle Sebas, porque el tío más que feo era difícil de ver.

El resto de sus compañeros se rieron y el tipo se quedó totalmente cortado. Mi amigo valía un potosí, y Mario se acercó a mí.

—¿Estás bien, Laila? ¿Te ha molestado lo que te ha dicho? —A buenas horas mangas verdes...

—No, me ha encantado, ¿tú qué crees?

Estaba molesta por la dichosa pregunta, pero también por el hecho de que mi novio no me hubiera arropado al bajar del avión.

—Lo siento, debí estar más cerca, pero es que ya sabes que Lucas nos ha dicho...

Lucas era su mánager y un tipo al que Mario se debía haber tragado, porque lo tenía todo el santo día en la boca.

—Que tenéis que permanecer todos juntos al bajar del avión. No te preocupes, ya lo habéis hecho así también durante todo el viaje. —Palo que le di, a tomar vientos, estaba escocida.

—Perdona, cariño, ya sabes que solo es trabajo—se disculpó.

Una disculpa que no acompañó con un beso, algo que esperaba y que me disgustó. El tal Lucas, que era un bicho de mucho cuidado, lo habría aleccionado. Para mí que, en el fondo, jugaba

un poco a alimentar la polémica, como para que la gente pensara que Mario podía seguir jugando a dos bandas, algo que yo jamás hubiera aguantado, por supuesto que no.

Mario era mi chico y yo solo deseaba que las aguas volvieran a su cauce, claro que la continua presencia de Valle en nuestras vidas amenazaba con hacer que estas continuaran revueltas indefinidamente.

—Lo sé, lo sé—resoplé porque me estaba agobiando.

—Te veo venir, tú lo que necesitas es un aparato de última tecnología que llevo en mi maleta, espera. —Sebas se acercó a mí mientras Mario, igual que el resto, volvía a atender a la prensa.

—Yo sí que te veo venir, ¿no llevarás ahí unas bolas chinas o algo parecido? —le pregunté con cara de intriga.

—¿Unas bolas chinas yo? Pues mira, guapa, como no me las meta en el culo no sé... Joder, que me refería a esto. —Y allá que, con todo el salero, sacó un abanico y comenzó a abanicarme.

De nuevo hizo que tuviera que doblarme en dos de la risa, mientras pensaba que eso era justo lo que yo necesitaba; un soplo de aire fresco en mi vida, una especie de antes y después, comenzar a relajarme y dejar atrás lo del asunto de una Valle que parecía haberseme atragantado.

—¡Toma ya con el dispositivo! Viva la madre que te echó al mundo amigo...

—Y a ti, cariño, que vales más...—No me podía sentir mejor acompañada con él.

Capítulo 4



—¡Mira, Laila! ¿No es flipante? —Sebas también iba sentado a mi lado en el autobús, camino del hotel.

—¿Te acuerdas de cuánto fantaseábamos con viajar por todo el mundo, amigo? Pues este es un paso, ¿eh? —Traté de animarme porque una de las cosas que me había propuesto era no amargarles el viaje. Y menos a Sebas, que ese tenía el cielo ganado conmigo.

—Ya te digo que sí, a mí siempre me han vuelto majara los mariachis, mira que no respondo cuando los vea. —Era un guasón total.

—Ey, ey, que tú a Pablo me lo respetas, que yo no quiero que le hagan a nadie lo que me han hecho a mí, no me seas tan chulo ni tan adelantado.

—Ozú la que me ha caído, ¿y tú no podrás mirar algún ratito para otro lado?

Lo decía en broma, el buenazo de Sebas no servía para hacerle eso a su chico, por mucho que le molara el mariachi bigotudo en cuestión.

En pleno corazón de Ciudad de Méjico, el hotel que la discográfica nos había reservado era puro lujo.

—Niño, ¿has visto esto? —le decía a Sebas cuando entramos en el hall.

—¿Te refieres al monumento aquel que está allí sentado? ¿El que no te quita ojo de encima? —me preguntó y pensé que estaba bromeando.

—Sí, hombre, a ver, ¿quién no me quita a mí ojo de...? —Enmudecí porque no se lo había inventado, aquel moreno de ojos verdes debía pertenecer a una especie rara, dado que no había visto un tío más guapo en toda mi vida.

—Ese, ese mismo—murmuró él, al darse cuenta de que yo había metido la pata volviéndome con tanto énfasis.

—La madre que te trajo al mundo, eso se avisa, que creí que estabas de coña como siempre. Qué corte...

El chaval se sonrió y, por si ese gesto fuera poco me hizo un leve saludo con la mano que me dejó tarumba.

—Me está saludando, ¿o veo visiones? —le pregunté por lo bajini.

Llevaba un buen tiempo ya sin fumar, que me lo propuse en su día y logré dejarlo, pero habría

dado lo que tenía por pillar un cigarrillo en ese instante.

—¿Llevas puestas las lentillas? Porque si no, ves menos que Pepe Leches, pero que sí que te está mirando, tontuela. ¿Te lo vas a creer ya o no?

—¿Ya estás con eso otra vez? Pero si yo el ego lo tengo la mar de alto, ¿no lo ves? —Me hice la bizca, estaba de broma. Mi amigo sabía lo que se decía, yo no había vuelto a ser la misma.

—Sí, sí, quien no te conozca que te compre, pero a mí me miran así y el ego me llega... Mira, más que el ego lo que me crecería sería otra parte de mi cuerpo, que el tío está que cruje.

—Cállate, no nos vayan a escuchar, loco. —Me llevé la mano a la boca, no me atrevía a volverme a girar sobre mis talones por si acaso el maromo seguía mirándome, pero intriga me generaba el tema.

—No te des la vuelta, pero te está pasando el aparato de rayos x al completo, por la espalda, por el culo, por todos lados. Qué emocionante, Cristina, ven, mira esto...

—Ni se te ocurra decirle una palabra a Cristina que te sacó los ojos, te lo advierto.

—Pues dale, porque voy a hacerlo igual. Cristina, corre...

—¿Qué te pasa? Tengo los pelos fatal, ¿o qué? No era raro que le hiciera esa pregunta porque el tema era divertidísimo. Sebas siempre llevaba peine y brocha de maquillaje en su mochila y a la que veía que a alguno le hacía falta le daba una *peinetá* o un brochazo por donde fuera menester.

—No, niña, que estás muy guapa. Ya quisiera la rancia esa tener tus pelos. —Cristina tenía una melena también preciosa. Sebas siempre decía que con material como el nuestro ya se podía trabajar.

—Ah, vale, que me había asustado.

—¿Tú qué dirías de aquel tío, el que está allí sentado?

—¿Dónde? Señálamelo—le respondió ella, con menos luces que un carrillo de mano.

—Sí, hombre, claro. ¿Y por qué de paso no le pones un letrero luminoso en la cabeza, Sebas? —me quejé, qué bochorno me estaban haciendo pasar los dos.

—Porque a ese no le hace falta, que ese brilla con luz propia, tonta. Qué tío...

—Es verdad, Sebas, el tío está para llevárselo puesto, ¿y qué le pasa? Ostias, Laila, si no te quita ojo...—añadió Cristina, emocionada.

Otra que lo decía, me lo iba a tener que creer. Bien me venía, que no había tenido la moral más baja en la vida.

Me daba cierta cosa que Sebas metiese a Cristina en esas cosas, pero aquella niña me había demostrado ser una amiga de verdad desde que estábamos en Madrid. Es más, siempre me decía que tenía un rollo sensacional conmigo, incluso mejor que con Mario, y eso que con él también se llevaba de fábula.

Lo que pasaba era que a ella le afectó bastante lo de mi novio y Valle, hasta el punto de que

pensé que le había pillado cierta ojeriza. O igual eran imaginaciones mías, pero ella tampoco parecía ver a su compañero con los mismos ojos.

—¿Estás bien, Laila? —me preguntó Mario con la llave de la habitación en la mano.

—Sí, estoy genial, no te preocupes, solo es que me ha dado un cierto sopor.

—Vapores de vieja no serán, ¿no? Que es muy pronto para que me empieces a dar la murga con esas cosas, guapita—añadió un Sebas que no callaba ni debajo del agua.

—Ni de coña, ¿tú has visto esto? —Mario hizo un gesto señalándome de arriba abajo que en otro momento habría motivado que me dieran ganas de comérmelo enterito, pero en aquel me generaba desconfianza.

A la que se retiró un poco, ya volví yo a la carga.

—¿Lo habrá dicho porque lo siente así o es porque no sabe dónde meterse después de lo que ha hecho? —le pregunté a Sebas.

—Tiene que ser eso último, porque como eres tan fea, ¿no ves que hasta te acaba de salir una verruga al lado de la nariz, brujona?

—Una verruga es lo que deseo yo que le salga a Valle, y eso por la parte más corta, que no me lo quito de la cabeza.

—¡Stop! Estamos en Méjico, un paraíso terrenal. Y no voy a parar hasta verte contenta. Además, ¿se te ha olvidado que antes de irnos pasaremos unos días en Riviera Maya?

—Cómo se me va a olvidar, mentecato, si me has hecho comprarme una colección entera de bikinis y trikinis.

—Eso es y no es por nada, pero vamos a ser la envidia de todos nuestros amigos de Palencia, ¿te imaginas la boquita de Ruth?

—Ya te digo, que mucho darle al pico, pero que no deja el super. Y hay que echarle redaños a la vida, que quien quiere peces tiene que mojarse el culo, ¿no dicen eso?

—Eso dicen, eso dicen—me respondió Sebas mientras el culo que miraba era el del chaval aquel que estaba para mojar pan.

Capítulo 5



El *jet lag* me lo pasé yo por el arco del triunfo, ya que caí en coma en cuanto puse la cabeza en la almohada.

Cuando me desperté, un buen puñado de horas después, ya Mario no estaba en la habitación. Una nota me avisó de que había salido.

“Cariño, ya nos hemos ido a ensayar. Te he visto tan frita que no he querido despertarte, nos vemos por la tarde”.

Bien que había hecho, porque yo no estaba para tanto tute en el primer día.

—Molido como una caballa estoy, me den morcillas, qué mal duermo fuera de mi casa—me dijo Sebas cuando lo vi aparecer en la cafetería de la planta baja.

—Menos mal que a ti te han dejado en tierra, no me gusta estar en un sitio que no conozco sola—resoplé.

—Claro, claro, ¿no ves que en este hotel tan sórdido te va a comer el coco? Es todo oscuridad y humedades—se burló de mí.

—Ya te digo, se han lucido con el sitio, es la leche, pero que yo necesito estar con gente, ya lo sabes.

—Tú lo que necesitas son mimos, si lo sabré yo, anda ven aquí.—Me dio un abracito.

—Menos mal que te tengo, Sebitas, ¿y por qué has dormido mal? ¿Echas mucho de menos a Pablo? —le pregunté mientras echaba una visual para ver qué tomaba en aquel maravilloso catering.

—Qué Pablo ni Pablo, bueno sí, un poco... Pero que lo peor es la almohada, que no es mala, que es buena... A ver que es mejor que la mía, pero que...

—Huy, chiquillo, arranca ya que me vas a volver chalada y es muy temprano. Conclusión; que eres un tiquismiquis y que no puedes dormir fuera de tu cama, abrevia.

—Más o menos, y sobre todo porque no estaba el maromo aquel en ella, ¿puede ser que te esté mirando otra vez?

Me puse nerviosita, que el día anterior necesité un rato para apartarlo de mis pensamientos después de que me mirara de aquel modo tan intenso.

—¿Qué dices? Es una trola de las tuyas.

—Sí, hombre, una trola. Mira que las hay con suerte, y con la carita de mosquita muerta que me llevas, que ni lo miras... Será por eso, pero él sí que te mira a ti, y tanto que te mira...

—Ains, calla, que eres un manojo de nervios, ¿dónde está?

—A tus nueve—aludió al típico truco de las manillas del reloj.

No pude resistirme a levantar la cabeza y su verdosa mirada, que me recordaba a unas olivas de esas que parecen dibujadas cuando las tomas en una terracita al sol, se cruzó con la mía. Y no contento con eso, me sonrió, enseñándome una dentadura perfecta.

—Me está sonriendo, ¿qué hago?

—Ir a ponerle una denuncia, no te jode, ¿pues qué vas a hacer? Sonríele tú también, que con eso no le haces ningún mal a nadie, niña.

—Ay, Sebas, ¿pero eso no es seguirle la corriente?

—Sí, la corriente que pasa por el puente... Déjate de milongas, ¿o le vas a tirar con un zapato solo porque te esté sonriendo? Anda, mujer, date un poco de vidilla, que bien que te la mereces.

Pensé en Mario y en que aquello no estaba nada bien. Pero luego caí en la cuenta de que le había dado mandanga de la buena a la gilipuertas de Valle y cambié de opinión.

Poco imaginé que mi cambio de opinión iba a generar tal respuesta en él, fue toda una sorpresa.

—Sebas, que viene hacia aquí, ¿qué hago?

—Tirarte por la ventana sería una opción, lo que pasa es que estamos en un bajo, de modo que vas a tener que joderte, niña.

—¿Joderme? Ains, que estoy muy nerviosa.

—Pues disimula, tonta, que no tenemos quince años. Y, por cierto, yo me voy a pillar un café.

—¿Ahora? Ni se te ocurra moverte o eres hombre muerto.

Había una cierta distancia desde su mesa a la nuestra, aunque a mí me pareció que mediaba el desierto del Sáhara, pues eran tales mis nervios que resultaba imposible que el tamborileo de mis dedos sobre la mesa cesara.

Increíble que me lo fuera a hacer, pero es que él era así. Cuando Sebas se empeñaba en algo, no había manera de que cesara en su empeño. Y por lo visto se le había metido entre ceja y ceja que aquel morenazo se me presentara a solas.

—De muerto nada, que uno está vivito y coleando. Aquí te quedas.

—Te mato, Sebas, te juro que te mato—le repetí.

—Y haces bien, pero eso será ya en próximos capítulos. Ya verás lo bien que te lo pasas con él.

El moreno acababa de tropezar con un niño, que cayó a sus pies, y él lo levantó con celeridad. Debí decirle algo gracioso, porque el chavalín, que era muy pequeñajo, lejos de llorar, se echó a reír.

—No, no te vayas...

—Mira niña, que me recuerdas a las sevillanas, que no voy a cruzar el charco de vuelta, que ahora vengo...

Así de impulsivo era Sebas, y me lo volvió a demostrar en un día en el que me dejó sola ante el peligro, o mejor dicho, sola ante aquella preciosidad de sonrisa que constituía en sí misma toda una tentación.

—Hola, me llamo Romeo, ¿puedo sentarme? —No se anduvo con chiquitas el poseedor de aquel nombre tan teatral.

—Hola, y yo me llamo... No soy Julieta, ¿eh? En serio, me llamo Laila. —No sé ni cómo me salió esa broma. Es más, no sé ni cómo me salió la voz del cuerpo, la verdad sea dicha.

—¿Puedo sentarme? —me preguntó con toda la soltura.

—Mira si puedes... —Estaba yo chistosa, eran los nervios que no permitían otra cosa.

—Seguro que sí—me contestó con una pícaro sonrisa en la cara mientras hacía ademán de sentarse lentamente.

Huy, qué mezclas de canciones en mi vida, que si el "*Me llamo Romeo...*" de Romeo Santos, que si el "*Despacito...*" de Luis Fonsi, y no sabía cuál de ellas me ponía más.

Ya, sé lo que podéis estar pensando, que menos mal que yo sí que estaba enamoradísima de mi novio, pues lo cierto es que era la primera sorprendida.

—Te vi ayer, llegaste con un montón de gente, ¿no? —Su deje italiano, pese a que hablaba con total corrección el español, era para perder el norte.

—Sí, ayer llegamos—le contesté, somos un montón.

—Ya, ya lo vi, ¿y se puede saber qué os trae por esta maravillosa tierra?

—Va, ellos son cantantes y Sebas y yo los acompañamos. —No di más explicaciones del porqué de nuestra compañía. Por primera vez en mi vida obvié el tema de que tenía novio. Así de fácil y así de liante el tema.

—Genial, ¿y tú no eres cantante?

—¿Yo? Qué va, ya me gustaría, pero cuando lo he intentado alguna vez he venido a sonar más o menos como un grillo metido en un botijo, ¿sabes?

—¿Como un grillo metido en un botijo? —Se echó a reír y, si atractivo me había resultado a priori, riéndose ya es que partía la pana.

—Sí, sí, lo dicho, ¿y tú qué haces aquí? —Me aventuré a preguntarle yo, intentando que no indagara más en los motivos personales que me habían llevado hasta allí.

—Yo soy actor. —El modo tan modesto en el que lo dijo me dio que pensar que le ocurriría igual que a mí, que estaría probando suerte en el mundillo.

Ahora bien, aquel dulce Romeo, que estaba para degustarlo lentamente, sonrió de nuevo al decirlo, como si su profesión hiciera que le brillara el alma. Aunque lo que de verdad le brillaron

fueron las perlas blancas que tenía por dientes y que nada habían de enviarla a las de los collares de Majorica de mi abuela Petra.

—¿Actor? ¿Qué dices? Yo también soy actriz, ¡qué coincidencia!

Me sentí como si su revelación me acercara más a él, cuando lo cierto es que ya bastante cercana me sentía.

—¿De veras? ¿Has venido a rodar alguna telenovela? —Su respuesta, así como su gesto de sorpresa, no se hizo esperar.

—¿Una telenovela? No, no, qué va... Ya me gustaría, he venido con esta gente como te he dicho.

—Pues es una auténtica lástima, porque yo sí que las ruedo y creo que darías el perfil perfectamente, ¿nunca lo has intentado?

—¿Intentar el qué? —Estaba en baba, no sabía si eran sus ojos verdes o más bien sus labios carnosos. O lo mismo era la combinación de ambos la que ejercía en mí aquel efecto asimilable al de la hipnosis.

—Trabajar en una telenovela, si no lo has intentado nunca—me aclaró.

—¿Yo? No, es la primera vez que vengo a Méjico.

—¿Sí? Pues ya te advierto que Méjico lindo enamora, nos pasa a todos.

Debía, debía pasarnos a todos, porque yo no había hecho más que poner un pie en él y ya sentía que me estaba enamorando, sí...

—¿No me digas? Cierto que es una tierra con mucha fuerza, se nota que tiene un gancho impresionante.

El que tenía no un gancho, sino un anzuelo capaz de hacer que picase hasta la última pececita, era él.

—¿Por qué no vienes a mi rodaje uno de estos días? —Me cogió de sopetón su pregunta.

—¿Sí? Me gustaría, pero...

—Pues entonces no hay nada más que decir, ¿cómo lo tienes mañana?

—¿Mañana, así ya tan de repente? —Fue lo único que me salió, una tontuna como otra cualquiera, pues al día siguiente tenía que hacer lo mismo que el resto de mi estancia allí, o sea, nada de nada.

—Tan de repente, sí, ¿o es que tienes algo mejor que hacer? —El arqueado de su ceja me pareció tan irresistible que, de haber sido así, lo habría anulado.

—Absolutamente nada, acepto.

—Será todo un placer. Mira, así matas dos pájaros de un tiro, nunca está de más dejarte caer por un rodaje, en este mundillo hay que echar cara y dar pasos adelante si no quieres que los demás te dejen a la altura del betún.

Tenía razón, yo pasos adelante había dado en España, pero quizás no los suficientes. Lo de

Valle y Mario había hecho que, sin llegar a dormirme en los laureles tampoco les prestase demasiada atención a los castings y demás, atendí únicamente a aquellos que tenía delante de la nariz y punto.

—Ok, pues allí estaré, ¿a qué hora te viene bien? —Me mostré decidida.

—Estaremos rodando toda la mañana, pásate por allí. Y a la salida podríamos tomar unos tacos deliciosos que sirven en un restaurante cercano.

—Buena idea, me parece bien.

—¿Sí? Pues no se diga más, te mando ubicación, ¿vale?

—Cuando quieras. —Le sonreí.

—Será más bien cuando me des tu teléfono—observó y mis mejillas se sonrosaron.

—Claro, qué cabeza la mía...

Le di el número de teléfono mientras observé que un grupo de chicas de mi edad estaban devorándolo con la mirada.

Aún no había terminado de tomar nota del número cuando, sin poder aguantarse las ganas, varias de ellas se levantaron a saludarlo.

—Eres Romeo, ¿verdad?

Sus carillas eran de felicidad total, estaban babeando con él y yo sentí una extraña sensación... o no tan extraña, ¿era posible que fueran celos?

—Sí, soy yo. —Les sonrió, aunque aquella fue una sonrisa más de compromiso que las que me había dedicado a mí. No era lo que yo quería creer, se notaba la diferencia.

—Por favor, por favor, queremos una foto contigo—le pidieron.

—Claro, ¿no te importa? —me preguntó como si yo tuviese derecho a molestarme por tal cosa, ¿no era para comérselo?

—¿A mí? No, por supuesto, adelante.

Él se levantó y se puso en el centro de una foto en la que todas derrochaban felicidad y que les tomé yo misma.

A continuación, se despidió de ellas.

—El peso de la fama, ¿no? —le pregunté.

—Exactamente, pero tampoco pesa tanto.

Yo de eso sabía un rato largo por Mario, por lo que no era algo que me cogiera de sorpresa.

—Ya, ya... Bueno pues entonces...

—Entonces me tengo que ir que me esperan en el rodaje y el director es un tanto histérico, pero quiero que sepas que me lo he pasado muy bien charlando contigo. No me falles mañana, ¿vale? —Me guiñó el ojo y giró sobre sus talones.

Capítulo 6



—¿Estás nerviosa? Tienes que estarlo, si lo estoy hasta yo. —El petardo de Sebas, que no apareció el día anterior hasta que no acabé de hablar con Romeo, daba saltitos en su silla.

—Sí que lo estoy; un actor de telenovelas famoso, ¡qué cosas!

—Por eso no lo digas, que tú es que tienes un imán para los famosos, ¡qué tía!

—Ya, pero que no hay color. Este famoso es otra cosa...

—Sorprendidito me tienes, llorando por las esquinas hasta ayer por Mario y mírate ahora, tú lo que tienes es un empichamiento con el italiano.

—¿Un empichamiento? ¿De dónde has sacado esa palabreja tan rara?

—Un empichamiento de toda la vida. Digo yo que, si los tíos pueden tener un encoñamiento, tú y yo podemos tener un empichamiento, ¿no? Yo lo tengo con Pablo.

—Lo que tú digas, ¿qué me pongo para ir? Estoy más tontona...

—Lo que estás es ilusionada, después de lo que te hizo Mario te viene fenomenal ver que otro pone sus ojos en ti.

—Es que vaya otro, ¿tú lo has visto? Tiene unos ojos, ¡qué ojos! No solo es el color, es que los tienes tan grandes... si parece que no le caben en la cara...

—Me fijé, me fijé, como lo tenga todo igual de serie, mejor que te lo envuelvan ya para regalo, te lo digo. —Ya estaba él con sus disparates.

—Sí, sí, pero tengo que causar buena impresión, ¿qué me pongo? Que no me has contestado nada—insistí.

—Perdona que tu estilista 24/7 se haya tomado un momento de asueto para reírse, qué pérdido... A ver dime que te has traído.

Le fui enumerando lo que tenía en la habitación hasta que me hizo parar....

—¡Eso, eso! El vestido mostaza con los ramajos blancos, ese parece que te lo han hecho a medida, con ese lazo que te enmarca esa cinturita de avispa que Dios te ha dado. Te lo pones con las sandalias de taconazo, esas de las ondas delanteras.

—¿Las del taconazo? Tú lo que quieres es matarme del sufrimiento, ¿qué te he hecho yo para merecer esto? —Le puse un pucherito.

—¿Tú quieres dejarlo mudo? Pues a sufrir toca, no se diga más.

Una hora después, tras haberle encomendado mi peinado y maquillaje, estaba lista para pedir un taxi. Tenía todo el día libre, pues Mario y el resto no volverían hasta por la noche.

—Divina, te juro que estás divina, lo vas a dejar anonadado, ese hoy no se concentra en el rodaje, ya me lo contarás.

—Yo no sé ni lo que estoy haciendo, ¿tú me has visto? No me conozco, estoy ilusionadísima por ir a ver a otro... a otro que no es Mario.

—Hija, es que si fuera el mismo no tendría esta gracia, ¡y ni se te ocurra comerte el coco, que te conozco!

Literalmente, Sebas me dio tal empujón para que entrara en el taxi que casi me tira de boca.

—Así me gusta, que seas todo sutileza, guapo.

—Y así me gusta a mí, que seas un poco zorri...—Dicho por otra persona habría sido una ofensa, pero en su caso, y con el cariño que se refería siempre a todas mis cosas se trataba de un halago.

Me subí en aquel taxi con más miedo que vergüenza, porque no me reconocía. Y eso que Mario no tenía por qué enterarse de la misa la media de todo aquello.

Llegué al lugar del rodaje y desde luego que me pareció que aquella productora no era cualquier cosa. Menudo tinglado que había allí formado, *mamma mía*...

—Hola, vengo de parte de Romeo, ¿puedo pasar? —le pregunté al chico de seguridad.

—Claro, eso dicen todas, ¿sabes cuántas lo intentan cada día?

—Pero yo... No, no me malinterpretes, lo que pasa es que a mí sí que me ha invitado él.

—Y yo estoy aquí por obra y gracia de la mismísima Virgen de Guadalupe, no me hagas perder el tiempo, por favor.

Me quedé totalmente desinflada, si al menos hubiera ido hasta allí con mi Sebas, a ese se le ocurriría algo, pero no era el caso. Y mira que se lo ofrecí, pero en sus palabras yo debía ir sola, que lo de las carabinas estaba muy pasado de moda.

Me senté en un escalón, hacía un calor de muerte. ¿Qué podía hacer? Como empezara a transpirar me iba de cabeza para el hotel que, si el otro no había nacido para hacer de carabina, lo mío tampoco era llegar hecha unos zorros a ninguna parte. Lo de zorri vale, pero hasta ahí.

Saqué mi teléfono para preguntarle a mi amigo qué hacer y entonces vi algo que me entusiasmó. Igual era la mismísima Virgen de Guadalupe a la que aludió el de seguridad porque resultó que Romeo me había escrito.

“Bella, cuando llegues di que te envía el del camerino del revuelo, el de seguridad te dejará pasar”.

¿El del camerino del revuelo? ¿Qué habría querido decirme con eso? Como fuera que allí se estilara darse un revolcón con toda la que llegara lo llevaba claro, que yo no estaba por esa labor. O eso creía, que tampoco podía decir de esta agua no beberé a priori.

—¿Y si te digo que me envía el del camerino del revuelo? —le pregunté al chaval, que ya me miró de otro modo.

—Ándele, pues haber empezado por ahí, muchacha...

Como que si yo lo hubiera sabido habría perdido el tiempo, no te toca las narices...

Capítulo 7



—Yo te amo, Francisco, yo te amo—le decía la protagonista en lo que se suponía que era el salón de su casa.

—Es un imposible, Margarita, un imposible. Este amor va a acabar con nosotros...

Me sonreí al verlo tan metido en el papel. La cámara lo quería, daba en escena como pocos el tal Romeo.

—¡Corten, corten! —El director comenzó a chillar y me acordé de sus palabras, advirtiéndome de que era un histérico.

—¿Qué pasa ahora, pues? —La tal “Margarita” se puso negra.

—Que parece que te hayan metido un palo por el culo, eso es lo que parece. No te he visto más tiesa en la vida, ¿a ti qué te pasa?

—Pues te lo dije antes, que me sentó mal el desayuno y ando un poco revuelta, que todo hay que repetirlo aquí, pues...

—Todo empezando por las escenas, qué locura, no puedo entender nada...

—¿No entiendes que tenga la panza revuelta? ¿Qué parte es la que no entiendes?

Más que una telenovela aquel parecía el plató de una comedia.

Romeo me vio y me lanzó un beso desde el escenario.

—¿Y a ti qué te pasa, estás tarado? —Al director no le sentó demasiado bien su gesto, pero es que a ese bien no debía sentarle ni que le tocara la lotería.

—¿A mí? Nada, que estoy saludando a una buena amiga y mejor actriz—le contestó como si tal cosa.

...Buena amiga y mejor actriz decía, para buen actor él, ya que ninguna de las dos cosas era cierta, lo que había que escuchar, qué diversión...

—¿Y mejor actriz? Pues eso es lo que nos va a hacer falta por aquí, porque lo que toca otras parece que no le ponen mucho entusiasmo al asunto.

—Poco entusiasmo le puso tu madre a la hora de echarte al mundo a ti, que no hay quien te aguante, lástima de contrato o te diría yo por dónde puedes meterte tus malos humores.

La chica tampoco estaba para tonterías, se conoce que los retorcijones de barriga le habían soltado la lengua, un efecto un tanto raro, pero posible... El asunto era que el ambiente estaba de

lo más enrarecido, algo que parecía importarle un auténtico bledo a un Romeo que mostraba la más amplia de sus sonrisas.

Mientras ambos seguían poniéndose a parir, se acercó a mí.

—Has venido, qué flipe, tenía ganas de verte. —Así sin anestesia y sin nada, el chaval tenía ganas de verme, y me lo suelta de buena mañana como decía mi tía Paloma.

—Y yo de verte a ti... rodar, quiero decir. —Me había deslizado, aunque tampoco era un secreto que si estaba ahí era porque deseaba verlo.

—Pero rodar por dónde, ¿por una pendiente y cuesta abajo?

—No, hombre, rodar. Vaya si os lo montáis bien, esta debe ser una telenovela de postín, aquí hay más gente que en comedor de Harry Potter, ¡qué fuerte!

—Y se come más o menos igual de bien, ¿te apetece picar algo?

—Un cafecito sí que me tomaría, pero poco más, que ya he desayunado.

Con lo que a mí me gustaba un catering y rechazarlo. Y tampoco era que en el hotel tomase nada del otro mundo, la verdad, pero es que no me entraba ni el pelo de una gamba por el estómago. Qué nervios...

—Yo tampoco es que tenga pensamiento de comerme una vaca rellena de pajaritos, pero será estupendo tomar un cafecito contigo.

Nos sentamos y, al contrario de lo que ocurría con el director y la protagonista, allí sí que reinaba el buen rollo.

—Chicos esta es una buena amiga, se llama Laila—me presentó al equipo.

—¿También eres actriz, Laila? —Igual lo llevaba en la frente y no lo sabía.

—Sí, pero no como este fenómeno, ¿eh? Yo casi no he hecho nada todavía.

—Pues tiempo al tiempo, tienes unas facciones que encajan muy bien para el papel de Leticia, ¿no te parece, Romeo? —le comentó un tal Miguel.

—Me parece, y si lo dices tú, que eres el rey del casting, ya estoy convencido del todo.

¿Qué estaban diciendo? ¿Yo en una telenovela? Vamos, eso sí que era un chiste. Si Mario fuera un pajarito que volara hasta allí y viera lo que se estaba cociendo, se quedaría petrificado.

—¿Cómo? No, yo no puedo participar en ningún casting, yo en pocas semanas estaré de vuelta en Madrid, chicos—les aclaré, aunque con un cierto nudillo en el estómago.

—Pues no te vas de aquí sin hacer una prueba, eso también te lo digo. Yo es que te veo, te veo... —Miguel parecía entusiasmado y yo me dejé llevar.

—¿Te animas? Puede dejarte un guion, cuando acabemos de rodar podríamos hacer la prueba, ¿te apetece? —Romeo tampoco paraba de animarme.

—Claro que me apetece, pero va a ser para nada, yo estoy aquí de paso, solo soy una turista.

—Eso dijimos muchos cuando llegamos, yo soy Ana. —La chica, que también era española, me dio dos besos.

—Eres paisana mía, ¿no?

—Del mismísimo Valladolid, guapa, ¿y tú?

—Yo de Palencia, pero ahora vivo en Madrid, ¿y tú llevas mucho tiempo aquí? —le pregunté porque me hacía sentir cómoda que también fuera española, ella podría contarme muchas cosas, nos entenderíamos.

—Yo llevo aquí diez años, desde que salí corriendo detrás de un mejicano que primero me robó el corazón y luego, como ya era suyo, me lo destrozó. Pero no te creas, que me hizo un favor, gracias a eso conocí a otro que me tiene en el bote, mi Pedro. Mientras, entre el uno y el otro, el que me enamoró fue un tercero; este país... Ya no me veo en otro sitio.

—Toma ya... pues sí que tienes un recorrido.

Al lado de toda aquella gente me sentía como si hubiese vivido poco, algo que no se correspondía para nada con la realidad, que yo también tenía mi historia. Con el grupo había viajado mucho en aquel año y viví experiencias por las que otros hubieran matado. No obstante, lo de tener la valentía de afincarme tan lejos de la tierra de una y demás, era algo que me parecía loable.

—Nada de recorrido, lo normal... Voy a por el guion y yo misma te ayudo a pasar las escenas, ya verás lo entretenidas que estaremos.

—Y luego tú y yo haremos la prueba juntos. —Me guiñó el ojo Romeo.

—Estáis todos locos, esto es para nada, pero cualquiera os contradice.

Y tanto que pensé que sería para nada, pero me apetecía. Mientras volvíamos a escuchar los gritos del director y la prota, me quedé con Ana intentando memorizar aquellas frases.

—Me está costando, Ana, no logro concentrarme del todo—le confesé.

—Normal, si Romeo me mirase como lo está haciendo contigo, también me costaría, chica.

—¿Qué dices, loquilla? Si no lo conozco de nada, no hagas caso a eso de que somos amigos, es un fanfarrón. —Me abrí con ella, me inspiraba confianza.

—¿Y qué? Con más mérito entonces, no creas que trae a todas sus fans al rodaje, porque lo cierto es que eres la primera a la que invita.

—¿Fan? Te equivocas, chica, yo lo conocí ayer en mi hotel, punto redondo, no lo he visto en la pantalla en mi vida.

—¿Qué me cuentas? ¿Ves? Pues con más razón, ¡qué divertido!

Divertido o no, a mí me estaba costando la vida meterme aquellas frases en la cabeza, y eso que no era el Quijote en verso, pero tenía una desconcentración total.

Para cuando llegó la hora de dar el do de pecho en el plató, estaba temblando como una hoja.

—Creo que no voy a poder hacerlo, estoy como un flan. —Vaya plan de actriz el mío, no me había visto en otra en la vida.

—Bobadas, claro que vas a poder...—Sin pensárselo dos veces, Romeo me tomó de las

manos y yo debí abrir tanto los ojos que podría haberle hecho la competencia a cualquier búho—. Solo tienes que ir soltando lentamente el aire, hazlo conmigo.

José Luis, el director, no las tenía todas consigo.

—Que es para hoy, lo que tiene uno que aguantar. —Aquel impresentable no conocía los modales.

—Un poquito de respeto hombre, que la chica es nueva—le espetó Romeo.

—¿Nueva? ¿No era “mejor actriz”? —resopló el otro.

—Y lo es, solo que tienes que darle la oportunidad de que te lo demuestre. Y si cierras la boquita es probable que ayudes mucho en ese sentido, ¿ok?

—No te metas en líos por mí, porfita, que me voy a sentir fatal—le pedí por lo bajini—. Piensa que estoy aquí de paso, no merece la pena. —Meneé la cabeza para darle más énfasis al asunto.

—Me da igual, pero lo que tampoco voy a consentir es que te trate como a un trapo, eso no se lo ha creído ni él. Ahora voy a ser yo el que te pida un favor, estoy segura de que puedes hacerlo.

—Dime, que me estoy poniendo más nerviosa todavía. Y mira que creí que eso no era posible.

Se echó a reír. Su risa me tranquilizaba, tenía la sensación de que nos conociéramos de más tiempo.

—Tranquila. — Nuevas risas por su parte.

—No te rías, que es peor... ¿Qué es lo que quieres que haga?

—Actuar como tú sabes, dalo todo, Laila...

Lo que yo le hubiera dado en aquel momento sería un besazo en esos labios carnosos, pero seguí sus consejos y a los chicos pareció gustarles mucho cómo dimos ambos en escena.

Capítulo 8



—Lorena, mi compañera, es que es un poco engreída, aparte de hipocondríaca. José Luis y ella no pueden ni verse y forman unos numeritos de espanto, uno no sabe qué va a encontrarse cada mañana—me contó al mediodía mientras degustábamos aquellos deliciosos tacos.

—Total, que por lo que me cuentas, la realidad supera sobradamente a la ficción, ¿no?

—Y que lo digas, además eso genera una mala onda sensacional, menos mal que yo tengo una capa invisible que la repele y es lo primero que me cuelgo cada mañana.

—Qué arte tienes, haces bien. No se puede vivir con cosas chungas encima de uno, que después son las depresiones.

Yo lo sabía de primera mano, que los cuernos de Mario me habían dejado de aquella manera, a veces pensaba que era una depresión lo que tenía.

—Qué remedio, hay que saber equilibrar entre las excentricidades de la gente que nos rodea en este mundillo, el tema de las fans... si no sabes hacerlo puede convertirse en una pesadilla, pero si lo llevas bien, es el mejor trabajo del mundo.

—A ti te encanta, por lo que veo...

Le encantaba el trabajo y lo mismo también yo, porque no sabía si sus ojos brillaban así por lo de la interpretación o si mi personita tenía algo que ver en eso.

—Ya ves que sí, yo vivo para esto... Para esto y para otras cosas, que tampoco sé vivir sin amor, me cuesta cuando estoy solo—me tiró la china.

—Nos suele pasar a todos, o al menos a todos los que no somos unos bichejos raros y ermitaños, yo también soy una planta que necesito que me rieguen con unas buenas dosis de amor.

—Una planta floreciente, me has dejado con la boca abierta antes... que sepas y entiendas que lo has hecho genial.

—Lo dices por decir, yo a José Luis tampoco lo he visto hacer grandes aspavientos.

—¿Aspavientos ese? Lo dices en broma, ¿no? Ese no haría aspavientos ni a la mismísima Virgen de Guadalupe que se le presentara una noche. —Se echó a reír.

Otro que me mentaba a la archifamosa virgen aquella mañana, a ella me tendría que encomendar para salir del embrollo en el que me estaba metiendo.

—Sí que parece que lleva un palo permanentemente metido en el culo, sí... qué tío más ácido,

tiene cara como de chino chupando un limón.

—¿Qué has dicho? — Se partía, Romeo era que se partía.

—Lo que oyes, que ese no se ha divertido en la vida, te lo digo yo...

—Pues él se lo pierde, que yo sí que me divierto contigo, eres muy simpática, aparte de guapísima...

No supe qué decir a eso, que de buena gana le habría soltado que él estaba como un tren, pero no era plan.

—Gracias, hombre... Oye, ¿de qué parte de Italia eres? —Desvié la conversación unos pocos de kilómetros para zafarme.

—De Roma, mi querida Roma. ¿Has estado alguna vez allí?

—Sí, hace unos meses, los chicos tenían allí un compromiso televisivo y para allá que nos fuimos.

—¿Y te gustó? —El brillo en los ojos al hablar también de su tierra era evidente.

—Buah, ya ves si me gustó, sería para matarme a palos si no...

Otra expresión que le pareció tronchante y así me lo dejó ver con su risa, que terminó contagiándome por completo.

—Es una belleza, y a mí me gusta rodearme de cosas bellas, no sé si te lo he dicho ya.

No se repetía más que el ajo, pero algo así me había soltado antes. Y por lo visto, una de esas cosas bellas a las que se refería era yo, que estaba alucinada con la situación.

—Nos están mirando los de aquella mesa. —Nuevo giro a la conversación por mi parte, se estaba convirtiendo en mi especialidad.

Romeo les dedicó una sonrisa condescendiente y una chica le dijo, sin moverse de su asiento, que la tenía enganchadísima con su papel. Con papel o sin papel... así lo degustaría yo. Loco tenía a Sebas, que decía que iba a volver a España sin que me conociera ni la madre que me parió.

—Perdona, son gajes del oficio, es casi imposible llegar a un sitio sin que a uno le reconozcan...

—No pasa nada, ¿y cómo es que hablas tan bien el español? Cielos, eso por no hablar de tu acento mejicano cuando interpretas, ¿eres una especie de Carlos Latre? —Lo comparé con ese profesional como la copa de un pino que tantas veces viera actuar en directo en Madrid—. Bueno, que lo mismo tú no lo conoces, es español...

—Tranqui, que sí que lo conozco, menudas risas que me echo con él, ya quisiera yo que me salieran esas voces, el tío es la bomba.

Y él también, porque la fama no se le había subido a la cabeza, ya podían aprender David y Valle, esas dos joyitas de la corona con las que yo tenía que convivir.

Por cierto, que desde que Romeo había entrado en escena (y nunca mejor dicho) era como si el lío que tuvieron mi novio y ella me doliera menos, como si el dolor comenzara a amortiguarse.

Eso era algo que yo le había pedido al universo en multitud de ocasiones durante aquellas semanas. Y lo mismo al final hasta me lo concedía y todo.

—Verdad, pero tú también eres muy bueno en lo tuyo, ¿llevas como actor desde niño?

—Qué va, no creas... Desde tu edad, que debes andar por los veintidós más o menos, ¿puede ser?

—Puede ser si le sumas tres más. —No sé si lo dijo por halagarme o porque de veras me echó años de menos, que me solía pasar a menudo.

—Ok, veinticinco, yo tengo treinta y cinco, una década más... Y es esa misma década la que llevo en esto.

—¿Empezaste con mi edad? —Había terminado de comer y esperaba el postre, por lo que enmarqué mi cara con las manos para escuchar atentamente lo que tuviera que decirme al respecto.

—Justo, así que fijate lo que puede dar de sí tu carrera, llegarás hasta donde quieras, que no te quepa ninguna duda.

Me gustaba la confianza que depositaba en mí, aunque tampoco me había caído de un guindo y se me pasó por la cabeza la posibilidad de que fuera una táctica para llevarme a la cama; algo así como “te subo la autoestima y te bajo las bragas”, que todo podía ser.

—Ya se verá, oye, ¿y cómo es que estás en un hotel si vives aquí?

—Ah, eso, estoy de paso... Tenía la casa en obras, estaba instalando una piscina en la terraza y no soportaría estar allí con tanto jaleo. Preciso de tranquilidad para memorizar los guiones y demás, pero hoy vuelvo a casa, me temo.

Su “me temo” debía tener algo que ver conmigo. También me dejó un tanto aplomada pensar que no volvería a verlo en la cafetería ni tendría la posibilidad de cruzármelo por los pasillos. El cuerpo me pedía soltarle un “qué pena”, pero decidí cambiar mi respuesta.

—Qué suerte, me encantan las piscinas...

—¿Sí? Pues podrías venir cuando quieras a darte un chapuzón, invitada estás a inaugurarla conmigo.

Y a meterme en la boca del lobo también, que allí química había para dar y regalar, y los dos juntitos en su casa no íbamos a rezar el rosario ni nada parecido. Ya veríamos si aceptaba o no su invitación, pero calor me estaba entrando como para que me apeteciera ese chapuzón y mil más que me diera.

El almuerzo se me pasó en un periquete y, cuando quise darme cuenta, ya era hora de volver al hotel.

—Me lo he pasado genial viéndote grabar, almorzando contigo, muchas gracias por todo...

—Muchas de nada, e invitada estás a volverlo a hacer cuando quieras. Y tampoco olvides lo de la piscina...

Capítulo 9



—Yo iba a rechazar esa oportunidad ayer por la mañana, te lo digo desde ya. —Sebas también estaba desconocido.

—Pero chico, no me empujes más que es lo que me hace falta, como si yo no tuviera ya suficientes ganas de hacerlo.

—Yo lo único que te digo es que han pasado ya tres días desde que lo viste y que cada vez te veo con más ganas de repetir, como las Danet... el lunes te vuelves a plantar en el rodaje, hazme caso.

—Buff, igual sí, que tengo muchas ganas, todo lo contrario que de pasar el finde con estos, te lo advierto.

—Ya, dímelo a mí, que cada vez les tengo más tirria a todos. Si no fuera por Cristina, al resto como si se los tragan y los escupen en la gran puñeta, niña...

Ya estaba haciendo que me partiera, como de costumbre. Me reí menos cuando Mario me contó por la tarde que tendrían que estar apartados los cuatro un par de días, pues debían hacer unas grabaciones de última hora en un estudio en el que no cabía tanta gente, sito en la casa de un pez gordo del mundillo.

En otro momento no es que me hubiera sentado mal, es que directamente me tendrían que ingresar con un pronóstico de coraje grave incompatible con el normal desenvolvimiento de las actividades diarias, pero en aquel le di la vuelta a la tortilla. Eso sí, disimulé un poco delante suya, que tampoco era plan de levantar la liebre.

—Buff, pues sí que es una faena. Y encima con Valle, que estará como un cochino en un charco, como si la viera.

—Amor, no saques de nuevo ese tema, que me pudro... Te lo pido por favor, sé que para ti no es fácil, pero si queremos pasar página tenemos que echarlo en el olvido.

Para él era muy sencillo, como disfrutó de echar ese polvo, ahora cogía y lo echaba en el olvido. Y a mí que me follara un pez espada, de esos que la tienen fresca y afilada.

—Ya, como si fuera tan simple. Mira Mario, haz lo que te dé la gana, chico, tú verás...

Por mucho que lo había intentado, las cosas no volvieron a la normalidad después de que él se revolcara con esa anormal. Y eso era algo que flotaba en el ambiente como si de unas gotas de

ambientador se tratase.

Tal cual se marcharon, a la mañana siguiente, atrinqué el teléfono. Tampoco se trataba de un gesto que indicase desesperación, pues Romeo me había escrito varias veces desde nuestra quedada.

Yo lo hice por las bravas, ni WhatsApp ni niño muerto, tenía ganas de escuchar su voz.

—Niño, ¿qué haces? —Entré con fuerza, si decidía vivir una aventura, tampoco podía hacerme la mosquita muerta.

—Sonreír, estoy sonriendo por tu llamada, bella.

—Maldito zalamero, algo más estarás haciendo, ¿no?

—Tampoco te creas, aquí en la terraza, mirando la piscina y pensando que no voy a estrenarla hasta que no te decidas a hacerlo conmigo.

—Pobre víctima, ¿y no la habrás estrenado ya y te lo estás callando?

—No tengo por qué mentirte, odio las mentiras. Si te digo que no la he estrenado, así es. ¿Cuándo te vienes? ¿Paso a recogerte en una hora?

Su estilo directo me volvía loca. No me había parado a pensar en lo que estaba haciendo, porque de ser así...

—¿En una hora? —Sebas, que estaba conmigo en mi habitación, levantó el pulgar en señal de que le dijera que sí.

—Vale, estaré en el hall...

Colgué el teléfono sin poder dar crédito a lo que acababa de hacer.

—Me voy a liar con él y lo sabes, cariño, dime que no lo haga...

Quería, pero sabía que estaba jugando no ya con fuego, sino con auténticas llamaradas...

—Lo que te digo es que te voy escogiendo la ropa de baño que mejor te sienta, que para algo soy tu estilista.

Pues sí que me estaba frenando el muchacho. Aunque, siendo sincera, tampoco hubiera servido para nada a esas alturas. Palabrita del Niño Jesús que aquello no había sido premeditado, pero desde que Romeo apareció en mi vida no había minuto en el día en el que no le dedicara un pensamiento.

—Pero ¿tú has caído en que no le he dicho ni media palabra de que tengo novio? Ese es un pequeño detalle que he obviado, ¿soy una rata inmunda por ello?

—A ver, a ver... —Me olisqueó—. Va a ser que no, sobre todo porque no hueles a cloaca, sino que llevas ese perfume embriagador que lo va a dejar lelo, ya me contarás.

—En serio, Sebas, ¿se lo suelto lo primero?

—Chica, tanto como lo primero, yo lo dejaría para lo último, qué quieres que te diga...

—¿Para esta noche entonces? ¿Antes de volverme para el hotel?

—Tú vuélvete esta noche y te doy tal pedrada en la frente que te tienen que ingresar.

Aprovecha, tonta, estos no vuelven hasta el lunes...

—¿Y me cuelo en su casa por toda la cara hasta entonces? Tú flipas...

—No, lo mismo te tira en medio de la calle, pues claro, bobita. ¿El tío no quiere cachondeo? Pues ahí tiene cachondeo. Y lo del novio, ya si eso, se lo cuentas cuando te vuelvas, si te lo pide el cuerpo, que a los folllaamigos tampoco hay que darles cuenta de todo.

¿Eso era para mí Romeo? ¿Un folllaamigo? Lo dudaba bastante, pero tampoco tenía valor de contarle lo de mi relación con Mario por si se enfadaba. Sí, ahí lo tenía, la prueba evidente de que me importara lo que pensara.

—No sé si es buena idea, Sebitas, pero te voy a hacer caso.

—Naturalmente, tampoco te ha dicho él ni mu de si tiene o no novia...

Capítulo 10



Esas últimas palabras de Sebas no salían de mi cabeza durante el trayecto que medió entre el hotel y la casa de Romeo. Lo de la casa es un decir porque más bien se trataba de una auténtica mansión.

—¿Dónde hay que firmar para tener una de estas? —bromeé al llegar sin poder dejar de mirar con asombro todo el lujo que le rodeaba.

—Si me haces caso y te dedicas a esto, en unos añitos tienes una igual o mejor, bella.

Qué gracia me hacía su forma de llamarme “bella”, aunque él no fuese la bestia; no al menos de aspecto, que no podía ser más guapo, en la cama ya se vería.

¿Estaba cayendo muy bajo? Igual, porque a la postre le estaba haciendo a Mario lo mismito que tanto le eché en cara; ponérselos bien puestos. Por cierto, que él y yo andábamos enfrascados en la búsqueda de nueva casa en Madrid. El piso que en su día cogimos se le hacía ya poco y quería fardar de casoplón como el resto de sus compañeros.

Lo mejor de todo fue cuando Romeo me condujo a la terraza, que contaba con unas impresionantes vistas a la ciudad que bien podrían ser las de una postal.

—Guau, estas vistas son de escándalo. Te pasarás las horas muertas aquí contemplando el panorama...

—Ya te digo que sí, aunque este finde es especial, no es lo mismo contemplarlas solo que en tan magnífica compañía.

Romeo acompañó sus palabras con un intenso beso que no me esperaba, pero que no deseaba que terminase. Unir sus labios y los míos era algo que ambos teníamos en mente y que estaba reservado para un momento como aquel en la intimidad de un hogar que no podía ser mejor escenario para ello.

Una vez sus labios y los míos se separaron (algo que nos costó bastante), le dije que necesitaba ir al baño.

—Espero que no sea una excusa para salir por patas. Si voy demasiado rápido me lo dices...

—No, no es eso, solo es que voy a ponerme el bikini. —Le sonreí.

Qué atractivo y pasional, y qué tierno a la vez... Yo es que me lo comería a bocados chiquititos, si bien todo hacía prever que tendría la oportunidad de hacerlo en cuanto quisiera.

Llamé a Sebas desde el baño.

—Me ha besado, niño, me ha besado...

—¿Y qué quieres, un premio? ¿A qué ibas si no? Y prepárate que te va a dar un revolcón de categoría... Uno digo, qué tonto, un ciento de aquí a mañana por la noche.

—¿Estarás bien tanto tiempo solo?

—¿Eres tonta o se están yendo al garete las neuronas? Estaré mejor que bien, no se te ocurra pensar tonterías. Otra cosa, he estado chafardeando en la prensa rosa y en sus redes...

—¿Y qué? — Yo no había querido hacerlo días atrás por miedo a ver algo que no me gustase, una estupidez como otra cualquiera.

—No parece haber catado hembra desde hace un tiempo, me refiero a una fija, que está soltero, aunque no entero...

Pues casi que peor me lo ponía; que la única que estaba ocultando información era yo. De perdidos al río...

Salí con un elegante bikini negro, el que a juicio de Sebas mejor me sentaba.

—Fascinante, ¿seguro que no has llamado a los paparazzi para hacer un posado? Mira que tanta elegancia me huele a chamusquina.

—Ni de coña, guapo. Esta elegancia es natural, no me hace falta que quede immortalizada.

No solo que no me importaba, sino que por la cuenta que me traía no quería ver a un paparazzi ni a cien kilómetros de distancia. Menos mal que a él tampoco parecía importarle un bledo lo del papel cuché, pues de no ser así cabía la posibilidad de que viera mi imagen con Mario hasta en la sopa.

—Eso ya lo veo, ven aquí bella. —Fue besándome mientras me tomaba en brazos y, poco a poco, me sumergió con él en la refrescante agua de aquella piscina de revista de decoración.

—Esto es como un sueño—murmuré en el instante en el que ambos nos detuvimos para tomar un poco de aire fresco.

—Tú sí que eres como un sueño, un sueño húmedo y adorable a la vez, una mezcla que me engancha a tope...

Yo lo mismo era o no una mezcla, pero la que hicimos en la piscina sí que lo fue... Solo tengo que cerrar los ojos y todavía me parece estar escuchando el sonido relajante de aquel chorro de agua que se dejaba caer desde los troncos de bambú, a la par que la música envolvente que invitaba a una sola cosa; a amarnos...

Y digo a amarnos porque la nuestra era una escena compartida por dos amantes que no dudaron en despojarse mutuamente de su ropa. Cardíaca me puse cuando noté su entrepierna apretando mi sexo, al tiempo que sus manos se recreaban en unos senos cuyos pezones le pedían a gritos ser lamidos...

Debió escuchar su súplica, pues los degustó lenta y suavemente mientras superaba el muro de

mi sexo con el suyo... Ninguno de los dos esperaba preámbulos, lo que de verdad deseábamos era notar cuánto de juntos podríamos sentirnos cuando entrara en mí.

Lo erizado de mi piel y la concatenación de mis gemidos le dieron la clave... Yo solo quería que siguiera amándome como si fuera la última vez, como si nunca más fuera a sentir unas sensaciones que acaba de descubrir y que no solo eran únicas, sino que estaban dotadas de un fortísimo voltaje sexual; tanto que pensé que no podría continuar así mucho tiempo cuando aquel primer e intensísimo orgasmo me salió en forma de grito.

Estaba muy equivocada, pues fueron varios más los que chillé a los cuatro vientos antes de que un bocado en mi cuello, sutil, pero de lo más morboso, me diera la pista de que a él también le había llegado el turno.

Así comenzamos un día que estuvo marcado por unas sesiones de cama inigualables... Y conste que lo de cama es solo un decir, ya que el catre lo reservamos para la noche mientras que durante el día fuimos renovando el escenario, que para eso ambos éramos actores; piscina, salón, cocina... Todo nos valía siempre que nos diera la oportunidad de que su piel y la mía siguieran en contacto.

—No quiero que te vayas esta noche—me soltó a media tarde y a mí me supo a gloria.

Me sonaba un poco fuerte lo de proponerle yo el quedarme, pero si me hubiera largado después de darme un número incontable de meneos también me habría olido a cuerno quemado.

—¿No? Pues entonces igual hago un esfuerquito y me quedo, solo si te portas bien. —Le di un toquecito en su respingona nariz.

Fueron tantos los nervios acumulados durante el día que, a pesar de que él preparó varios picoteos, apenas probamos bocado.

Según me contó, tenía una cocinera de lunes a viernes, pero los fines le gustaba meterse a él entre fogones. Era muy completo, y yo solo deseaba seguir probándolo como plato principal. Cómo molaba...

La cena fue harina de otro costal, ahí sí que se esmeró a fondo, preparándome un exquisito queso provolone que acompañó con dos deliciosas pizzas, hechas al gusto en su horno de leña; la mía con salmón y roquefort, mientras que él se inclinó por una cuatro quesos.

—Cuéntame cosas de ti, bella, ¿dónde has estudiado? ¿Qué trabajos has hecho hasta ahora?

Le conté todo el periplo de mi marcha a Barcelona con mi tía Paloma y cómo salí escopeteada de allí cuando aquel malnacido quiso aprovecharse de mí.

—Hay que ser desgraciado. Mira, es que me lo estás contando y no me llega la camisa al cuerpo, Dios, qué ganas de partirle la cara.

Lo vi ciertamente alterado. Esa reacción me resultó sublime, porque ni siquiera a Mario le sentó tan mal cuando se lo conté en su día. No quiero decir con esto que él no me hubiera querido, pero era más pasota en ese sentido.

Algo que me hacía sentir mal era el hecho de que en cierto modo me sentía agradecida, ya que durante mi curso en Madrid fue él quien se encargó de todos los gastos y demás. Pero no por eso tenía que guardarle gratitud eterna ni crearme una mantenida. Si lo hizo así era porque a él las cosas le iban sobre ruedas, yo al contrario habría actuado igual.

Capítulo 11



El domingo me desperté cien por cien desorientada. Normal; otra cama, otro acompañante, en esta ocasión un amante sublime que se encargó de elevarme a lo más alto hasta unas horas de la madrugada que cuesta hasta decir...

—¿Qué te apetece hacer hoy? Si es la primera vez que vienes a Méjico, bella, no puedes irte sin ver un montón de cosas, yo podría enseñártelas.

Para mí que él me había enseñado ya más de la cuenta, aunque no fueran precisamente del exterior...

—No hace falta, por mí nos quedamos aquí, te lo digo en serio.

—¿Tanto te gusta estar en casa? Mira que yo estoy encantado, pero me parece un crimen que te quedes sin ver un buen montón de cosas. Aunque igual es que estás reconsiderando la posibilidad de no volver a España...

Suponía que lo decía en broma, no se me pasaba por la cabeza que la suya fuera una oferta en firme. Ni tampoco que yo pudiera aceptarla, por mucho que así fuera.

—De veras que no se me ocurre un lugar mejor, de veras, nos quedamos en casa. —Ignoré eso último que me había dicho.

No era solo que no se me ocurriera, sino que había algo que me inquietaba; él era archipopular y no daba un paso sin tener una legión de fans tras sus talones. Además, la prensa también lo adoraba, por lo que me contó, y a menudo era portada de innumerables revistas; no porque se lucrara de ello, sino porque le seguían por doquier.

—Pues como tú quieras, entonces diré que me traigan a mi perrita Bella, te gustará...

—¿Y eso? ¿Dónde están?

No se me fue por alto que la perrita se llamara de la misma forma que él se dirigía a mí y me pareció algo simpático.

—Me la trae Maggie, mi exnovia, una chica con la que tengo muy buen rollo y de la que me separé hace algunos años. Pero la amistad quedó y, sobre todo, el amor por Bella. Ella se la lleva de vez en cuando a pasar unos días, pero como es azafata de vuelo, normalmente la tengo yo.

—Me parece genial, así tendré ocasión de conocerlas... a ambas.

Hasta ahí todo bien, no tenía ningún inconveniente en conocer a las personas que habían

formado parte de su pasado. Es más, me intrigaba saber cómo sería aquella chica a la que un día estuvo unido.

—¿En serio no te molesta? Que si es así puedo pasar yo a recogerla o lo que sea...

—Totalmente en serio, será un placer. Y la perrita me va a adorar, ya lo verás, me entiendo muy bien con los animales. En mi casa siempre hemos tenido perro. Hace unos años adoptamos a Gilito, un cocker que es mi pasión.

Por mi casa me refería a la de mis padres, que en el piso que compartía con Mario no había entrado nunca un animal, a excepción de cuando en alguna rara ocasión nos visitó David, pero eso es aparte...

La razón no era otra que la alergia que mi novio tenía al pelo de ciertos bichitos y que hacía imposible que pudiéramos convivir ellos. Sin embargo, qué casualidad, al bicho de Valle no le tuvo alergia, y eso que cerquita estuvieron el uno del otro.

Pasamos la mañana en la piscina, y como me había anunciado, al mediodía llegaron Bella y Maggie. Los ladridos de felicidad de aquella monísima bolita de pelo me hicieron ver que moría de amor por su dueño.

No obstante, yo tenía más curiosidad por conocer a Maggie, ya que lo otro lo podía suponer. Aquella americana, de pelo rubio y ojos claros, poco tenía que ver conmigo en la apariencia.

—Maggie, te presento a Laila. —Él parecía pletórico al presentarnos, mientras tomaba en su regazo a una Bella que amenazaba con no parar de ladrar y de mover el rabo hasta que así fuera.

—Encantada, ¿eres española? —me preguntó en un perfecto español, que para algo debía hablar la tira de idiomas.

—Sí, así es, mi primera vez en Méjico.

—Uff, pues entonces te advierto que estás en peligro, es un sitio que engancha mucho. —Otra que pensaba como él y como Ana. —Y este galán también, advertida estás, lo digo por experiencia.

Parecían llevarse a la perfección y eso era algo que hablaba muy bien de ambos. No quería imaginar que fueran una de esas parejas como los padres de mi amiga Ruth, que incluso después de separados no paraban de tirarse los trastos a la cabeza el uno al otro. Cada dos por tres estaban en los juzgados y a ella la traían por la calle de la amargura.

—¿Te quedas a tomar algo con nosotros? —Yo misma se lo pregunté, ya que Romeo había preparado un picoteo.

—No, mujer, no quiero molestar, que tendréis muchas cosas de las que hablar y otras tantas que hacer. —Me guiñó el ojo con eso último y ambas nos reímos.

—No seas boba, así nos damos un descanso y nos tomamos un vinito.

—Con lo del vinito me has ganado. Y si es español ni te cuento, ¿te ha dicho ya Romeo que es su preferido?

Maggie, aparte de guapísima, era un encanto de chica. No me extrañaba que hubiera estado enamorado de ella.

Como Pedro por su casa, ambas entramos en la cocina y nos servimos una copa de vino. Romeo estaba complacido de ver la estampa, aunque la que parecía estar en su salsa total era la pequeña Bella, que degustaba una golosina canina que él le acababa de entregar y que cogió al vuelo, de un brinco.

—¡Salud! —Los tres brindamos y salimos enseguida de nuevo al jardín. El día invitaba a disfrutar del aire libre.

—La piscina te ha quedado maravillosa, lástima que no la tuvieras antes, bandido. Con lo que me habría gustado cuando vivía aquí—se quejó Maggie, poniendo los brazos en jarra.

—Desde luego, qué falta de empatía, mira que dejar a la chavala sin poder bañarse. Ay, hombres... qué te voy a contar que tú no sepas, chica.

Menudo cachondeo el que teníamos montado allí los tres, ni que nos conociéramos de toda la vida. Al menos yo a ellos, que esos dos sí que se conocían a fondo.

—¿Otra copita de vino? —le ofrecí para acompañar a unas tapas que entraban solas.

—No, por favor, que esta tarde vuelo y voy a ir haciendo esos por el pasillo, deja, deja... para vosotros.

—Ni que tuvieras que llevar tú el avión, venga ya, Maggie, ¿a quién quieres engañar? Sírvete otra copita, Laila, por favor.

Se la serví e hice lo propio para nosotros dos. Qué ambiente tan ideal y cómo disfrutamos de aquel ratito. Qué cierto es que cuando las cosas son sanas, nada hay que temer. No hubo ni un solo gesto o palabra por parte de Maggie que me hiciera ponerme alerta y hasta me dio cierta penilla cuando se fue, por lo mucho que nos reíamos.

—Bueno, bueno, es ideal tu ex, aparte de guapísima—le indiqué.

—Tú sí que eres guapa, mi bella—me dijo mientras comenzaba a besarme y la bolita de pelo se volvía loca.

—Es que cree que la has llamado a ella, esto es un lío, ¿no te das cuenta?

—Un lío es lo que me vas a hacer tú en la cabeza a mí; tú y esas dos que no paran de mirarme y me están provocando.

Por “esas dos” se refería a mis tetas, que no tardaron en volver a ser masajeadas por él, igual que lamidas... Tenía predilección por esa parte de mi cuerpo y no le importaba que se le notase. En cuanto a mí, yo no sabría con cuál del suyo quedarme, porque si algo era cierto es que el italiano estaba igual de bien hecho por todas partes.

—¿Cuántos días te quedan en Méjico? —me preguntó con pena al final de la tarde, antes de llevarme de vuelta al hotel, en el que cenaría con mi Sebas.

—Unos cuantos, y ya luego nos vamos a Riviera Maya.

—Riviera, Riviera, cuántas veces me he alojado allí, pero hacerlo contigo no tendría nada que ver con el resto.

—Gracias—murmuré.

Qué ganas tenía de mandarlo todo a freír espárragos y decirle que nos fuéramos los dos a ese paraíso terrenal. Sin embargo, no me asistió el valor... Yo, que tan poco había dudado en salir de mi zona de confort en otras ocasiones, parecía haberme acomodado.

Viendo que no le decía nada al respecto de que se viniera conmigo a tan paradisíacas playas, no dudó en hacer un ofrecimiento intermedio.

—¿Te veré al menos en estos días?

Con esa pregunta quiso saber si solo pretendía un polvo con él, o si me estaba calando hondo, porque a él parecía estar sucediéndole. No quería pecar de ingenua, pero su forma de hablarme, de mirarme y de tocarme, así me lo decían.

—Claro, iré haciendo el hueco—asentí.

Los del hueco estaba claro, sería en aquellas horas en las que Mario estuviera con los chicos. Tenía faena por delante para conjugarlo todo sin que se me viera el plumero.

—Voy a estar contando las horas, tú me dices...

Mierda, la que debía decir algo era yo; y lo que debía decir era una verdad que él merecía saber. Bien sabe Dios que estuve a punto de contársela, pero terminé echándome para atrás.

—Yo también las estaré contando, ¿o qué te crees? —Fue mi única respuesta mientras la verdad quedaba oculta en mi interior.

Capítulo 12



—Sebas, no he podido, es que no he podido, ¿qué voy a hacer ahora?

—De momento callarte, que esta gente viene por ahí. Luego hablamos, y tú tranquila, que no has matado a nadie.

—Al menos por ahora, porque es ver venir a Mario y Valle y se me va la pinza, ya lo sabes.

—Calla y “*dientes, dientes, que es lo que les jode...*”, ¿pues no ves que se la has devuelto y bien? Ya no tienes de qué quejarte, venga, bobi...

Puse eso “*dientes, dientes...*” a lo Pantoja y Mario se acercó a darme un beso.

—¿Qué tal ha ido el finde, guapa? ¿Me has echado mucho de menos?

Este o era tonto o comía bolitas, qué ganas me dieron de contarle que me habían tenido demasiado entretenida para que así fuera. Miré a Sebas y me costó aguantar la risa, viendo que a él le estaba sucediendo tres cuartos de lo mismo.

—Anda que venís morenitos con las narices, mirad, mirad y moríos de envidia, nosotros sí que estamos para un anuncio...—Sebas puso su brazo al lado del de Mario y cierto que no había color.

—Normal, pero es que los que nos dedicamos a trabajar no podemos estar todo el día tumbados al sol como ranos. Da igual que sea en Méjico o en Pekín, hay que dar el callo. —La necia de Valle no dudó en abrir su sucio pico.

Me entró veneno en la sangre, como si directamente me lo hubieran inyectado en vena. Yo sabía muy bien que se refería a mí, que no era la primera vez que dejaba en el aire que “unas trabajamos y otras viven a costilla de los novios”.

—Cierto, vosotros siempre estáis en el tajo, sobre todo tú, ¿no, Valle? Que cuando no estás grabando te estás trabajando a alguno.

Cierto que acababa de saltarme el “alto el fuego” que en su día le prometí a Mario, pero es que ella venía con una declaración de guerra en la frente y a mí, el finde que pasé con Romeo me había dado una munición con la que antes no contaba.

—Cariño, por favor... —mi novio no esperaba mi reacción y se echó a morir, quedándose de un blanco céreo. Todavía más quiero decir, que faltita le hacía el sol de por sí.

—Ni cariño ni ocho cuartos, ¿o es que la cabrona esta puede soltar por la boca toda la mierda

que le dé la gana y yo tengo que tragármela? No te lo has creído ni tú, vamos, Mario, que estoy muy harta, pero que muy harta.

—¿Cabrona yo? Huy, huy, me parece que tanto sol te ha afectado a la cabeza, chica. De cabrona no tengo yo ni un pelo, pero igual tú...

Me tuvieron que aguantar entre Mario y Sebas, ya que me lie la manta a la cabeza y me fui para ella con ánimo de arrancarle los tres pelos de rata esos que me llevaba.

—Y encima es una bajuna, si es que ya os lo decía, que “de donde no hay no se puede sacar”. —No tenía pensamiento de callarse, la muy hija de la gran china, acrecentando mis ganas de dejarla calva.

—Que me soltéis, que esta no ha cobrado lo suyo y ya ha llegado el momento de que yo le dé candela, hombre. ¿Bajuna me vas a llamar? A ver si aprendes a vestirte, a comportarte y a no tocar lo que es del prójimo, asquerosa.

Me sacó de mis casillas por completo, yo solo quería que me dejaran en el suelo (que entre los dos me llevaban en volandas) y le iba a hacer una cara nueva a la tipeja esa. Tenía guasa la cosa, que encima se permitiera el lujo de venir a provocarme.

—¿Tú y cuántas más? Si nos has servido para atar en corto a tu novio no es mi problema, imbécil, que yo de ti me andaría con ojo...

—¿Andarme con ojo? ¿Es que piensas volver a las andadas? Te mato, yo es que te mato...

Una pastillita de esas de las que ponen debajo de la lengua era lo que iba a necesitar, ¿se podía ser más energúmena? Qué tía más mala y más miserable, por el amor de Dios...

Con lo que no contaba, para nada, era con el hecho de que con tanto jaleo a la pobre Cristina se le bajara la tensión hasta que, sin mediar palabra, se cayó al suelo desmayada.

—¡Cristina, bonita, no me hagas esto! —Se formó un revuelo impresionante alrededor de nosotros, Mientras la estuvimos liando parda, la gente no se atrevió a acudir, pero tan pronto como le dio el patatús a mi niña, hicieron un cerco y todos vinieron a meter las narices.

—¡Que os apartéis, ya, coño!, ¿cómo hay que decir aquí las cosas? —Sebas había dado varios avisos a la muchedumbre sin que le hicieran ni caso, por lo que su grito resonó sobre el resto de las voces y el cerco que nos habían hecho comenzó a disiparse.

—¡Un médico, por favor, un médico! —chillé mientras le daba a la pobre unas cachetadas en la cara.

—¿La quieres dejar, que le vas a poner los mofletes como a Heidi? —Sebas no las tenía todas consigo de que el mío fuese el mejor método para despertarla.

—Ains, mi niña, ¿ves la que has liado, hija de la gran china? —Si no le tiraba un dardazo no vivía.

En mala hora le había dado por referirse a mí, con lo bien que estábamos sin mirarnos. Me sentí súper culpable por Cristina, que ella sí que no tenía la culpa de nada.

—Yo soy médico. —Un chaval dio dos pasos al frente y comenzó a tomarle el pulso.

—¿Está bien? —Me sentía como una colilla.

—Sí, mujer, es que hace mucho calor y más que le debe haber entrado con lo mucho que habéis caldeado el ambiente, no te preocupes, que enseguida se recuperará.

El chaval le levantó las piernas y, poco a poco, Cristina volvió en sí.

—¿Qué ha pasado? ¿Me he caído en el escenario? Ay, Dios, qué vergüenza, si es que todavía me sigo poniendo muy nerviosa.

La pobre mía no daba pie con bola, acababa de “resucitar” y no sabía ni dónde estaba.

—Que no, cariñito, que estamos en la cafetería del hotel, que lo que pasa es que la ingrata esta me ha provocado, pero tú no te preocupes que no volveré a entrar al trapo de nada de lo que me diga.

Valle apretó los dientes, como quedándose con ganas de decirme alguna cosita más, pero David la disuadió, llevándosela de allí.

—Ahora lo que tienes es que descansar, y en un ratito estarás como nueva. —El chaval le sonreía, a ver si mi niña se echaba también novio, que ya le tocaba. A mí me pareció un buen candidato, que hacían una pareja monísima.

—¿Y tú podrías subir a echarle un vistacito más tarde? Mira que igual se desmaya otra vez o algo. —Me metí a celestina, ¿no insinuaba la otra que yo no trabajaba? Ea, pues ya tenía un trabajo.

—Si, mujer, claro, dame el número de la habitación y en un rato me paso.

Se lo di y me fui para arriba con Cristina, que ya parecía estar un poquillo más recuperada.

—Ains, cariño mío, cuánto siento haberte dado este disgusto a ti, que eres tan sensible y que no tienes la culpita de nada. —Le di un abracito.

—No, si no pasa nada, es que tú sabes que a mí los conflictos me ponen muy mal cuerpo, pero que ya estoy bien. No te preocupes, tú vete y disfruta...

—¿De qué voy a disfrutar, amiga? Déjame aquí, que no se me ocurre ningún otro sitio mejor...

Sí que se me ocurría, pero no era precisamente al lado de Mario como ella pretendía, sino al de Romeo, que me estaba haciendo suspirar más por momentos.

Aquel día iba a ser inusual, porque todos estarían en el hotel, y eso no me dejaba ningún margen de acción. De la noche a la mañana me había vuelto una estratega y ya estaba tramando el siguiente paso en mi cabeza.

A Cristina no le dije ni mu, que pese a ser su amiga no me parecía nada correcto hacerla partícipe de una trama en la que iba a salir escaldado Mario. Cuanto menos supiera, mejor, que no era plan de que se me fuera otra vez para el suelo.

—Del día, del hotel, de todo...disfruta, Laila.

Bien debía saber que con Mario no estaba el horno para bollos porque, contra todo

pronóstico, al final ni me lo mencionó.

—No te preocupes, que estoy bien aquí, anda, ¿por qué no me cantas esa que tanto me gusta de la chica que se sube al tren?

Escucharla cantar era una bendición para mí, y con su melodiosa voz, conseguí relajarme un rato.

Capítulo 13



—Increíble la que se lio ayer, niña, tienes que controlarte, esa bruja va a hacer que nos echen hasta del hotel. —Sebas entrecerró los ojos al degustar aquella mermelada de higo casera que se sirvió junto con nueces.

—Ya te digo, no te preocupes, que hoy me voy a relajar. —Todos se habían ido ya y nuevamente me dejaron el campo libre hasta por la tarde.

—¿Qué te dijo ayer Mario de su finde?

—Pues nada, encima parecía contrariado conmigo, ¿te lo puedes creer? Vamos, que todavía voy a tener yo la culpa de que la escoria esa viniera a meter mierda otra vez.

—No, si muchas luces no está demostrando tener tu novio, pues nada, que le den.

—Y que me den a mí, que hoy voy a ir a ver a Romeo. —Le guiñé el ojo.

—Ole y ole, esa es la actitud, y a los demás que les vaya bonito.

—Sebas, ¿de veras que no estoy loca? Mira que no le he dicho nada de que tengo pareja todavía.

—Que no te comas el coco, tampoco tienes que actuar como si estuvieras en el confesionario del Gran Hermano, cariño, estás echando una canita al aire, ¿no? Pues haz lo que te salga del kiwi, tampoco le debes nada.

—Es que no lo sé, Sebas, igual me estoy...

—Escupe, escupe, es más que un empichamiento lo que tienes con él, ¿no? — De nuevo esa palabreja con la que tanto me reía siempre.

—Sí, me temo que sí, es que me levanto pensando en él y me acuesto igual—asentí.

—Confirmado, es más que un empichamiento. Pues nada, entonces sí que tendrás que recurrir al plan B y abrirte en canal, bonita.

—¿Y no será un poco tarde? Mira que igual me dice que también se lo podía haber dicho desde el principio.

—Seamos prácticos, ¿él te ha preguntado?

—¿Preguntarme? No, en ningún momento.

—Pues ahí lo tienes, ¿por qué le ibas tú a decir nada?

—Ya sé que pretendes que no me sienta mal, pero a mí caería fatal que él me dijera ahora que

está con alguien; lo vestiría de limpio, te lo digo.

—Lo hecho, hecho está, y ya no tiene remedio, niña. Procura buscar el momento y hablas con él, pero también te hago una pregunta, ¿tú te lo has pensado bien?

—¿Pensar el qué? —Sabía lo que iba a decirme y esa era la pregunta del millón, porque no, no me lo había pensado bien.

—Es que si dejas a Mario no habrá vuelta atrás, asegúrate de que el italiano quiere algo serio, que yo a ti te veo muy perdida.

—Pero ¿ahora qué me estás contando? ¿Pues no eres tú el que me anima todo el tiempo a que corra hacia Romeo?

—Sí, y a que te acuestes con él y a que disfrutes, pero tú sabes que soy un loquillo y tampoco quiero perjudicarte. Si no lo tienes del todo claro, también puedes vivir tu aventura con él y luego volverte a Madrid y decorar esa casa nueva que Mario quiere, yo qué sé.

No me estaba ayudando mucho mi amigo aquella mañana, se ve que se habría levantado con el pie izquierdo o que la ausencia de Pablo le estaba trastornando.

Llegué al rodaje de Romeo sin previo aviso; como ya me sabía la consigna, quise darle una sorpresa. Y se la di, cabreando a José Luis más que a un mico.

—¡Corten, corten! ¿En qué estabas pensando, Romeo? —Se refirió a que él paró y me lanzó un beso.

—En esa jovencita que acaba de entrar por la puerta, ¿tú no habrías hecho lo mismo?

El resto del personal se rio, y eso que el tío era de armas tomar.

—Anda, pero si es la “mejor actriz” —lo dijo con tal retintín que pensé que él debía tenerme en poca estima como profesional.

—La misma—le dije, poniéndome delante de él con un descaro que hasta a mí me sorprendió —, ¿algo que decir al respecto?

—No, no, luego hablaré contigo.

—Pues vale...

No esperaba que tuviera nada que decirme, pero cuando al rato hicieron un alto en el camino, me llamó.

—¿Puedo quitártela un momento? —le preguntó a Romeo que me estaba dando un abrazo.

—Sí, pero no te la lleves muy lejos, que la necesito—le contestó, sacando mi sonrisa.

Que me necesitaba decía, y yo necesitaba comerle entera esa cara bonita que tenía.

José Luis no le echó ni cuenta a lo que acababa de decirle y me llevó a un lugar aparte.

—A ver, “mejor actriz”, que sepas que el otro día me gustó cómo lo hiciste.

Supuse que me había apartado porque ese no debía decir cosas bonitas a la gente ni por cachondeo, así que no querría perder su fama de hueso duro de roer.

—¿Sí? Pues mira que no se te notó mucho...

—Ya, es que yo soy así, pero que me quedé encantado, ¿eh? Si quieres interpretar a Leticia, el papel es tuyo—me soltó y yo me quedé como la que se tragó el cazo, que decía una amiga mía que era de Jerez.

—¿Que el papel es mío? Pero si yo me voy en nada, te lo agradezco, pero no puedo aceptarlo.

—No puedo aceptarlo, no puedo aceptarlo—repitió en el más sarcástico de los tonos—. ¿Tú quieres ser actriz o no? Que después serán las lamentaciones, al lado de Romeo podrías aprender mucho, pero tú veras.

—Es que no lo esperaba, y sé que tienes razón en lo que me dices, pero mi vida no está en Méjico, te lo agradezco de corazón.

—A mí no me tienes que agradecer nada. Si te estoy dando una oportunidad es porque la mereces, bastante me iba a importar lo que me dijeran Romeo ni ninguno de los otros si no fuese así, pero tú misma...

José Luis me pareció franco, que lo cortés no quita lo valiente. Y hablando de valentía, la que se sentía tremendamente cobarde era yo. Desde lejos divisé a Ana y pensé que ella sí que tuvo en su momento los ovarios de cambiar de país por amor. Y aunque en principio no le fue bien, con el tiempo el destino la recompensó.

—¿Qué te ha dicho? —Romeo estaba ávido de noticias.

—Que el papel es mío si lo quiero, ¡me has metido en un lío! —le contesté con el corazón afligido.

—¿Yo? No, en el lío te has metido tú solita por ser tan buena actriz. Ahora la pelota está en tu tejado, ¿qué es eso tan importante que no puedes dejar en España?

Me lo estaba sirviendo en bandeja de plata, pero para contestarle iba a tener que tomarme unos cuantos de los lingotazos esos de tequila que me había servido en su casa.

—Ains, es que las cosas no son tan fáciles, ¿almorzamos luego? —Me zafé como pude.

—Naturalmente, que se te quite de la cabeza que te voy a dejar irte sin comer. Y eso que te voy a confesar un secreto; es aparecer tú y esfumarse mi apetito.

Si es que él era tan lindo como se predica de Méjico... Me estaba metiendo en un lío, pero no él, sino yo solita...

El almuerzo juntos fue una delicia, y no me refiero solo a lo que nos sirvieron, que estaba de vicio, sino a que cada vez estimaba más su compañía.

—Te extrañé ayer, ¿sabes? —me comentó mientras me cogía la mano.

—Y yo a ti, pero es que estuve muy liada...

Que no preguntara en qué, porque no me resultaría muy decoroso decirle que en intentar desmoñar a la amante de mi novio, sería de chiste...

—Lo entiendo, no tengo derecho a irrumpir en tu vida e intentar acapararte.

Y lo que no sabía él era lo acaparada que de por sí ya estaba...

—Oye, ¿por qué no me cuentas de dónde viene lo del camerino del revuelo? Nunca me acuerdo de preguntártelo y luego me da la curiosidad.

—Ah, eso, bueno fue porque en una ocasión, al comienzo de rodar esta telenovela que ya lleva varios años emitiéndose, se me coló una loca. No te imaginas, la tía se había empeinado en que éramos novios y que yo le había prometido que me casaría con ella. Cuando le dije que eso no era posible, sin más, se me desmayó, ¿te imaginas la escena? Se armó un revuelo tal que de ahí viene.

¿Que si me lo podía imaginar? Más bien es que lo acababa de vivir en mis carnes con el desmayo de Cristina el día anterior.

Capítulo 14



A la mañana siguiente me desperté con la firme idea de hablar con Romeo y así se lo hice saber a Sebas.

—Cariño, pues habla con él si quieres, me parece bien. Piensa que lo que tenga que ser, será.

—Te veo un poco taciturno, ¿qué te pasa?

—Es que desde hace unos días tengo una sensación un poco rara, lo que pasa es que no te he querido decir nada para no preocuparte, que bastante tienes ya con lo tuyo.

—Quien no te conozca que te compre, Sebas, si te lo vengo notando... Suéltalo, anda, que yo no soy la reina del mundo. Tú también tienes derecho a desahogarte.

—Es que Pablo no es el mismo, está como raro y no sabes cómo me tiene, que no me puedo levantar del wáter. ¿Mira que si me está pasando lo mismo que a ti? Ando con la mosca detrás de la oreja, bonita.

—Seguro que son bobadas tuyas, yo tengo la teoría de que cuando eso pasa, no te enteras. O debo ser la más tonta del pueblo, porque no me cosqué de nada hasta que ya me estalló en toda la cara.

—Ojalá, porque tengo el corazoncillo a mil todo el día. Es que lo veo mucho “en línea” y a mí tarda en contestarme, cuando antes parecía que en vez de hablarle le daba corriente, de lo pronto que reaccionaba.

—Ya, pero no pretendas que siempre sea como al principio. De todas formas, yo a Pablo lo veo un tío muy legal, y además está que no veas contigo, no te preocupes tanto, anda...

—No, si igual son cosas mías, aunque tengo una corazonada y a mí esas no suelen fallarme.

—¿No? ¿Te recuerdo que decías que lo mío con Mario había sido de cuento de hadas? ¿Quieres más prueba que esa? Anda, anda, que lo pienso y me dan ganas de canearte.

—Es que es lo que parecía al principio, chica yo qué sé, ¿le damos al tequila?

—¿Te imaginas? Tequila para desayunar, a un paso de alcohólicos anónimos. No, hijo, no, que a mí todos estos no van a lograr llevarme por el mal camino.

Por el malo, no, pero por el bueno fue por el que cogí un rato después... El del taxi que me llevaba de nuevo al rodaje de Romeo.

Mi llegada comenzó a ser todo un clásico, pues de nuevo aquel galán se distrajo y a José Luis

le faltó el tiempo para dar el chillido de turno.

Aquella mañana tuvo algo de especial respecto a las otras, ya que hicieron un receso un poco más largo del habitual y “estrenamos” el camerino del revuelo.

Imposible resistirnos, y eso que ya sabía yo que de allí saldría con pelos de loca y con las mejillas a reventar de color, algo que no se le pasó por alto a Ana.

—Mírala ella...—Me guiñó el ojo aquella paisana mía a la que le estaba empezando a coger afecto.

—No me digas nada, que me muero del corte, ¿eh?

—¿Qué te voy a decir, mujer? Que lo disfrutes. Romeo es un tío que merece la pena, y encima honesto y nada mujeriego. Podría tener a todas las que quisiera y, sin embargo, es un tío fiel. Yo he hablado muchas veces con él y no me hace falta sujetar la vela para saber del pie que cojea. Piensa que no hay mejor polígrafo que una buena botella de tequila y una charla por delante.

Más culpable me sentía. Yo tendría que desembuchar sí o sí, no podía soportarlo más. ¡A la mierda Mario! Ignoraba qué suerte iba a correr con Romeo, pero mi novio ya me había demostrado lo que podía dar de sí... Cuernos y más cuernos, eso era lo que iba a tener con él. O quizás me equivocaba, y solo había sido una vez, pero prefería pensar lo primero, me convenía más en ese momento.

—Qué rato más increíble hemos pasado en el camerino, ¿para cuándo otra noche? No quiero presionarte, pero no es tiempo lo que te sobra en Méjico y me gustaría que pasáramos más juntos —me preguntó Romeo un rato después.

No iba con coraza, ni tenía dobleces... No, no era un estratega, sino un tipo que no le daba importancia alguna a que fuera despertando suspiros a su paso. Romeo era todo sencillez y eso se notaba en el trato tan humano y cercano que les daba a sus fans.

—¿Y si te dijera que igual estoy dispuesta a quedarme muchas noches en Méjico? —le pregunté con la emoción en los ojos.

—¿Me estás queriendo decir lo que yo quiero escuchar? —Si emoción había en los míos, no digamos ya en los suyos...

—Si lo que quieres escuchar es que me estoy planteando aceptar la oferta de José Luis y trabajar en tu telenovela, así es...

—¿Tú sabes lo que representa para mí lo que me estás diciendo? Eso nos permitiría hacer que lo nuestro funcionara, porque yo estoy seguro de que podría funcionar.

Y yo también, porque se veía que era de los que ponía toda la carne en el asador cuando se enamorara, lo que me quedaba aún por aclararle era que en “lo nuestro” todavía éramos tres, que Mario existía.

—Sí, que lo sé, lo mismo que para mí...

Por Dios que en cuanto nos sirvieran el almuerzo y pudiera hablar con él con más tranquilidad

se lo contaría. Seguro que no sería plato de gusto para él, pero había llegado la hora de poner todas las cartas encima de la mesa.

De momento, lo que nos pusieron encima de esta fueron unos succulentos tacos que decían “cómeme”. Una no sabía dónde mirar, porque todo lo que tenía a la vista le resultaba francamente apetitoso.

—Es Maggie, ¿no te importa si la atiendo un segundo? —me preguntó cuando le sonó el teléfono.

—En absoluto, habla con ella, que yo voy un momento al servicio. —Hasta el vientre tenía suelto de los nervios por la conversación que debía abordar. Y eso que no sabía que se desarrollaría en unos términos muy distintos a los previstos por mí...

Capítulo 15



—¿Cuándo pensabas contármelo? —Romeo estaba furioso a mi salida del baño.

—¿Yo? Espera, ¿a qué te refieres? — Por Dios que no se hubiera enterado, qué mala jugada del destino sería esa.

—A que tienes novio, maldita sea, Laila, no te hagas la tonta. —Me enseñó el móvil con un enlace que, al abrirse, contenía la noticia de nuestra llegada a Méjico, y se hablaba expresamente de Mario y de mí.

—Yo, no sé cómo explicarte esto, pero te prometo que...

Maggie había visto la noticia de casualidad y lo llamó para contárselo, qué suerte más perra la mía.

—¿Qué me prometes? ¿Y qué se supone que tengo que creerme yo? Me siento tan ridículo...

Yo sabía lo que era sentirse vapuleado a ese nivel y no era algo que quisiera para Romeo. Aunque lo suyo no tuviera comparación con lo que yo viví meses atrás, tampoco era plato de gusto para él encontrarse con que le hubiera ocultado la verdad desde el primer momento.

—Te prometo que iba a contártelo ahora, en cuanto volviese del baño, eso es lo que te prometo.

—“Mejor actriz”, sí que te puse un apodo adecuado, ha sonado como si fuera cierto y todo. Lástima que yo no pueda creerlo...

—Pues deberías, ¿por qué habría de mentirte? Yo no soy una mentirosa—argumenté.

—¿No lo eres? ¿Y entonces cómo puedes explicarme que nos hayas mentido a tu novio y a mí al mismo tiempo? Mira, a mí no me tomes el pelo. Ya he pagado la cuenta, puedes comer tú sola, se me ha quitado el apetito.

Quise salir corriendo detrás de él, pero quizás solo hubiera empeorado las cosas, si es que con lo mal que se pusieron eso era posible.

Llegué al hotel y toqué en la puerta de Sebas, que estaba planchando la oreja que era un gusto.

—¿Qué te pasa, petarda? Madre mía qué cara que me llevas, entra, anda...

—¿Te he despertado? —Comencé a ponerle un puchero.

—Estaba cabeceando el sueño, que he pasado la noche en vilo, pero para mí que lo vienes a contarme es otra película de miedo. Valeriana por un tubo nos vamos a tener que meter los dos.

—Sebas, me ha pillado, ha visto mis fotos con Mario antes de que le explicara nada.

—¿Y se lo ha tomado muy mal?

— No, muy mal, no. Se lo ha tomado fatal, ya me puedo olvidar de él, de Méjico, de la telenovela y de la madre que parió al demonio, que ha estado enredando en esto.

—¿Y ahora tampoco te tomabas tú un lingotazo de tequila? Porque te juro que yo sí que lo necesito.

—Uno y diez, hasta que me quede anestesiada en la cama y no me despierte en días, que yo lo único que quiero es perder el sentido.

—¿Perder el sentido? Oye, que para numerito ya tuvimos el de Cristina, ¿eh? No me vengas con gaitas, toma un abracito. —Sebas me abrazó y yo comencé a llorar a moco tendido sobre su hombro.

—¿Qué voy a hacer ahora? Lo he perdido y antes de que lo nuestro comenzara, es una putada, Sebas.

—Sí que es una putada, pero siempre te quedará Mario, que por lo menos ese está en la inopia.

Visto así, podría ser todavía peor. ¿Y si lo había juzgado mal y Mario estaba arrepentido por completo? La vida acababa de demostrarme que yo también podía cometer ese “crimen” del que lo había acusado a él.

—¿Y eso no me convierte en una cobarde? —le pregunté pensando que de esa cobardía ya había tomado yo varias tazas y que no deseaba tropezar dos veces en la misma piedra.

—No, no te convierte en una cobarde, sino más bien en una superviviente. El día de mañana ya veremos, pero hoy por hoy no tienes por qué perderlo todo al mismo tiempo. Ya habéis empatado, ¿no? Pues tira para adelante con él y trata de rehacer tu vida. Es eso o tratar de disuadir a Romeo, pero si está así de dolido va a resultar imposible.

Sebas era mi tabla de salvación y la persona que mejor me había entendido siempre.

—¿Y si hago un último intento de contactar con él? Ya ha pasado un rato, a lo mejor lo ve con otros ojos.

Me miró incrédulo y con toda la razón del mundo. Un rato no bastaría para hacerle cambiar de opinión, igual ni toda una vida servía para eso. Si Romeo se había formado esa mala imagen de mí, iría de culo y cuesta abajo.

—Inténtalo, pero lo más seguro es que te des con un muro. Vaya casualidad, parece que nos ha mirado un tuerto...

Debía habernos mirado, porque hizo caso omiso a mi llamada. A continuación, erre que erre, le envié un WhatsApp que me dejó en leído. La llamada por respuesta, dicen que, a buen entendedor, pocas palabras bastan. Y si son ningunas, más todavía.

Me eché a llorar en el hombro de mi amigo. Desde que ambos salimos de Palencia la vida nos

había cambiado una barbaridad, pero era la primera vez que sentía que para mal. Igual el tiempo me terminaba por quitar la razón, pero las perspectivas no es que fueran precisamente halagüeñas.

—Era previsible, qué se le va a hacer, tienes que tranquilizarte bonita, que las cosas todavía pueden empeorar.

—¿De veras crees que pueden hacerlo? — Yo, con la vista puesta en lo mío con Romeo, no lo creía así.

—Sí, todavía puede llegar Mario y mosquearse si se te con los ojos como dos tomates de llorar, tontona.

—Huy, entonces sí que pagaría el pato, que le diría que la culpa es suya, que sigo dándole vueltas a lo de la niñata esa de Valle...

Capítulo 16



Ese fin de semana hicimos las maletas rumbo a Riviera Maya.

—Tienes que echarle algo de gracia al asunto, cariño, ¿te has parado a pensar que le vas a dar las vacaciones a Mario si sigues así?

No es que me hubiera visto llorar, pero yo estaba como un alma en pena.

—¿Vacaciones? ¿Y quién quiere vacaciones con todos esos? — Los días que pasaríamos en Riviera Maya sí serían de asueto.

—Pues igual ellos. Y ahora que parece que Valle se ha tranquilizado un poco no sería yo quien volviera a destapar la caja de los truenos.

—Como si eso me importara a mí un bledo, como si me importara...

Llegamos al resort y comprobé que, efectivamente, aquel era el paraíso en la tierra, con UN lujo desmesurado y el espectáculo que sus aguas cristalinas suponían para la vista.

Durante el finde que pasé en su casa, Romeo me habló de lo mucho que le gustaba bucear en ese enclave privilegiado del mundo, así como hacer snorkel en la gran barrera de coral.

La noche antes de viajar hasta allí, Mario me contó que había contratado varias excursiones de esas para que disfrutáramos todos de una actividad tan bonita y placentera. No sabría si tenía el valor de acompañarlos, porque me iba a recordar demasiado a él.

—¿De veras tenemos que cenar todos juntos? —le pregunté esa primera noche mientras me duchaba para bajar al salón.

Salí ya vestida del cuarto de baño, pues estaba poniendo todas las excusas habidas y por haber para que lo más excitante que ambos hiciéramos juntos en la cama fuese dormir.

—Haz un esfuerzo, por lo que más quieras, tenemos que normalizar la situación, cariño.

Tenía razón y yo debía poner algo más de mi parte, pero me costaba la misma vida. Había decidido seguir con Mario, pese a que no me quitaba a Romeo de la cabeza, y eso tenía un precio.

—Te prometo que lo haré, pero es que no es fácil—concluí, pensando que debía ser menos cínica y no seguir azotándolo por un pecado que yo también cometí.

Por primera vez en mucho tiempo, permití que me tomara por la cintura, y de esa guisa bajamos al salón, que era sencillamente espectacular.

—Estás monísima, mi niña, pero con los ojitos demasiado tristes—me comentó Sebas por lo

bajini. — A él también le sentaba muy bien el bronceado, pero su mirada hablaba de que no pasaba por su mejor momento.

—Ya, es que vaya dos patas para un banco que estamos hechos. —Me senté a su lado y al de Mario, a cuya derecha quedaba Cristina. El bando enemigo, compuesto por David y sobre todo por Valle, me quedaba algo más alejado.

Pedimos la cena y, por un instante quise evadirme, pensando en lo maravilloso que sería que los recuerdos no dolieran y que aquel no fuera el grupo con el que tan dolida estaba, sino que se tratase de una divertida reunión de amigos que habían cruzado el charco para pasarlo bien en uno de los lugares más sublimes de la tierra. Por un rato, casi que lo logré, riendo con los disparates de Sebas y fantaseando con que igual lo mío con Mario tendría un final feliz, después de todo.

Craso error por mi parte porque una nueva bomba iba a estallar y de nuevo lo haría en toda mi cara.

—¿Podéis callaros un momentito? —La forma de preguntarlo de Valle parecía apuntar a que sus modales habían mejorado, claro que no se trataba de eso, sino de lo contenta que se puso al coger el hilo de aquella noticia.

Si las piernas me temblaron en más de una ocasión desde que llegué a Méjico, no digamos ya en ese momento.

La noticia no era otra que la supuesta bronca que habían mantenido en un restaurante Romeo, el famoso galán de telenovelas, y su última novia. Y sí, como me temía, esa “última novia” era yo, y habían captado varias instantáneas mías. No es que se me viera a la perfección, pues estaban tomadas de lejos, pero esa arpía me reconoció, entre otras cosas por mi indumentaria.

—¿No eres tú, Laila? Mírala ella, lo mona que iba—me soltó. Cómo estaba disfrutando la muy pécora.

—Tiene que tratarse de un error—añadió un Mario que no sabía cómo podía haber llegado mi imagen hasta allí.

De entre todas las caras de la mesa, recuerdo que me centré en la de Cristina, pensando que se nos iba otra vez al suelo.

—*Mamma mía*—murmuró ella mientras David y Valle me miraban con risitas satisfechas, Sebas me aguantaba la mano y Mario me dirigía la más iracunda de las miradas.

—Mario, yo no sé qué decir...

—Dime solo que todo lo que están diciendo no es cierto, que se trata de algún error. —Su gesto hacia mí indicaba ira, rabia, odio y desconcierto, un cóctel desastroso del que yo había bebido meses antes.

Cristina era la única de ellos que podía intuir que fuera cierto, porque vio a Romeo en el hall el día que llegamos, por mucho que entonces no supiera quién era, como tampoco lo sabía yo. No obstante, las pruebas eran evidentes y, aunque no lo hubieran sido, yo no estaba por la labor de

seguir mintiendo.

—Mario, sí, lo he estado viendo. Evidentemente, los periodistas han ido mucho más allá, no soy su novia. Pero no puedo negarte que he estado con Romeo estos días.

—¡Toma yaaa! —Mis palabras sonaron como música celestial para una Valle que se mostró incapaz de reprimir su alegría.

—Tú te callas o te callo, hija de mala madre—le solté.

—Yo, cremallerita en la boca, es momento de que hables tú—me contestó alegre como unas castañuelas.

—Mario, yo tengo poco más que añadir...

Me levanté de la mesa y mi novio vino detrás, seguido de Sebas, que tampoco quiso dejarme sola en un momento así.

—Tú vete a la mierda, que seguro que estabas de acuerdo con ella para hacerme comulgar con ruedas de molino—le soltó un Mario que estaba fuera de sí.

—No la emprendas con él, que no ha tenido ninguna culpa. Si quieres buscar una culpable, aquí estoy yo. Tuve que apechugar con lo hecho en su momento y no fui capaz. Quizás ha llegado la hora de que tú y yo nos separemos, Mario.

Por una vez, y aunque fuese in extremis, di un paso adelante y, dentro de lo complicado del momento, me hizo sentir mejor.

—¿Lo dices en serio? ¿Es para irte con él? ¿Para eso quieres carta de libertad? —Mario tenía los ojos inyectados en sangre.

—Me temo que con él tengo también poco que hacer, pero mejor sola que mal acompañada. Si lo que quieres saber es si estoy por sus huesos, así es. Lo siento, Mario.

Giré sobre mis talones y salí andando hacia mi habitación. Sebas se vino conmigo y Mario enfiló en dirección contraria.

—Has sido súper valiente, esta vez sí, mi niña—me dijo mi amigo mientras me besaba la frente.

Capítulo 17



La vida, a veces, da unos vuelcos que no esperamos, y a la mañana siguiente dio uno que me dejó sorprendidísima.

Lo primero que tengo que explicar es que se desató el caos en los medios, la razón quizás la hayáis pensado ya. Cuando la identidad de la misteriosa “novia” de Romeo fue desvelada, al analizar mi imagen con lupa, por lejos que fuera tomada los periodistas llegaron a una conclusión en la que no cayeron a priori; y la publicaron en “luminoso”; la “novia” de Romeo y la de Mario eran la misma persona.

A partir de ese momento, me convertí en el personaje más perseguido por todos los medios, algo que me vino grandísimo, y me negué rotundamente a salir de mi habitación.

La visita que menos esperaba fue la de Mario que, sin embargo, no tardó en llamar a mi puerta.

—¿Has visto la que se ha formado? Es alucinante...—resopló y yo pensé que venía a darme un buen repaso, a base de reproches y más reproches.

—Sí, Mario, ha sido una auténtica locura...Pero que, si has venido a echar más mierda, vas a tocar en hueso duro, no pienso permitirte.

—No, no es eso... Pero hay que ver la que has liado, pollito, la que has liado...

—Mario, yo... No quise hacerte daño, vive Dios que no, pero qué voy a contarte, las cosas vienen como vienen. Estoy segura de que cuando tú me la pegaste con Valle tampoco pretendiste hacerme daño, es que la vida a veces es así, un poco perra.

—No, no quise hacerte daño, ni tampoco pensé en ningún momento que una cosa así doliera tanto. ¿Sabes qué? Yo no he sido consciente de lo que te quiero hasta anoche, cariño.

—Mario, yo... Sabes que te hice una confesión muy fuerte. No creo que después de eso lo nuestro tenga vuelta atrás, lo hemos dejado, yo misma te lo dije.

—Sé lo que me dijiste, que estabas por sus huesos, y cada una de tus palabras se clavaron en mi corazón como un dardo. Llevo toda la noche pensando y no puedo soportarlo. Lo único cierto en todo esto es que no quiero perderte, cariño, no quiero perderte...—Comenzó a sollozar de un modo que jamás imaginé en él, lo tenía por un hombre más frío.

—Mario, creo que no es buena idea, tú y yo deberíamos dejarlo. Las cosas han llegado a un

punto demasiado doloroso, creo que lo único que podemos hacernos a partir de ahora es daño.

—No estoy de acuerdo. Tú siempre me has querido con locura y yo también te adoro, aunque fuera el primero en meter la pata. Anoche pensé que te odiaría por lo que habías hecho, pero pasado un rato caí en que yo nunca podría odiarte, en que te quiero demasiado, en que estoy dispuesto a tragarme este sapo y los que hagan falta por ti.

Vaya, él sí que lo tenía totalmente claro; que se iba a tragar el sapo, cosa que yo siempre dudé que verdaderamente pudiera llegar a hacer con lo de su infidelidad.

—¿Estás seguro de lo que estás diciendo?

Mi novio sí parecía seguro, la que lo estaba menos era yo, que si claudicaba y volvía con él me estaba traicionando a mí misma, a mis principios y a lo que sentía por Romeo.

—Al cien por cien, vamos a lograrlo, construyamos un futuro juntos... ¿Sabes lo que me he dedicado a hacer durante toda la noche?

—No tengo ni idea—suspiré.

Si él supiera que lo que yo hice durante esa misma noche fue volverle a suplicar al universo que me diese la oportunidad de estar con Romeo...

—Buscar casa en Madrid para los dos; si tú quieres, en cuanto llegemos, nos vamos a visitarlas. Hay una que tiene un jardín maravilloso, con un estanque de agua, está en la sierra, apartada del ruido y de todo lo que menos te gusta de la capital.

—¿Sí?

Por un segundo se me vinieron a la cabeza imágenes de una vida plácida con él, allí. Y no porque fuera una gran casa, sino porque yo siempre soñé con un futuro juntos, que incluyera niños y hasta un anillo en el dedo.

—Sí, allí podríamos tener un par de pequeñajos de esos corriendo todo el día, ¿puedes imaginar la algarabía que formarían?

—¿Me estás dando coba? —Las lágrimas también se habían asomado a mis ojos, y mezclé el llanto con la risa.

—Un poco, pero es que me muero porque me digas que sí y dejemos atrás toda esta mierda. Ya es hora de que pasemos página; yo te hice una jugada y me la has devuelto, no puedo juzgarte, sería injusto.

—Mario, yo... No sé qué decirte, tu propuesta es lo último que esperaba esta mañana. Pensé que venías a zanjar lo que tuviéramos en común y me encuentro con una propuesta de lo más completa.

—Que incluye todo lo que quieras, como si te apetece que nos casemos. Ya sabes que yo no soy de bodas, pero si tú quieres anunciamos que nos casamos y preparamos bodorrio.

—Mario...

—Laila, yo te quiero, métetelo de una vez en la cabeza, y no voy a parar hasta verte feliz. ¿Y

tú? ¿Me sigues queriendo, aunque sea un poquito?

Taña generosidad por su parte me hizo bajar la guardia...

—Sí que te quiero, Mario, sí que te quiero...

Tenía que quererlo, me estaba demostrando que no era el gusano que en su día pensé. Mario se había equivocado, como cualquier mortal, pero estaba intentando enmendar la plana.

—Pues entonces, dime que lo intentaremos, Laila, por favor...

—Lo intentaremos, Mario, sí que lo haremos...

No teníamos garantías de que fuese a salir bien, pero ¿quién las tiene en las cuestiones del corazón?

Capítulo 18



—Si es que mi niña tiene mucho gancho, es increíble, todos te adoran—me dijo Sebas cuando nos quedamos a solas en la playa.

El resto estaba haciéndose unas fotos para subir a las redes, que los fans querían seguir todos sus pasos en Riviera Maya.

—Tengo que reconocer que nunca pensé que podría reaccionar de este modo, debe quererme mucho para hacer una cosa así, ¿o no?

—Sí, sí que debe quererte. No lo dudes, lo que pasa es que en su día se le fue el santo al cielo, pero que Mario ha aprendido para los restos. Y si tú lo perdonas también de corazón, vas a ser muy feliz con él.

—Eso es lo que yo quiero, lo de las perdices, pero me da miedo...

—¿No poder sacarte a Romeo de la cabeza? Mira, Laila, vamos a analizar la situación con frialdad; el italiano no te ha perdonado que le omitieras información, mientras que tu novio te ha perdonado unos buenos cuernos. Yo mismo te animé a que vivieras algo excitante, pero creo que ha llegado el momento de poner los pies en la tierra.

—Muy sereno te veo yo a ti, demasiado... A mi Sebas le faltaba su chispa, era evidente—. ¿No terminas de fiarte? ¿No van bien las cosas con Pablo?

Me sentía un poco mal, ya que tanto revuelo alrededor de mi persona había dejado los problemas de mi amigo en un segundo plano, y él tampoco pasaba por un buen momento.

—No, no van bien, cariño. Sigue como te dije, no es el mismo, y parece tener la atención en otra parte.

—A ver si resulta que el musculitos es todo fachada y el cerebro lo tiene como un guisante, lo mismo por eso no puede ocuparse de dos cosas al mismo tiempo. Qué tontería acabo de decir, si es un hombre, no podría de ninguna forma...—me burlé.

—Mírala ella qué graciosa. No lo sé, Laila, necesito tenerlo cara a cara para saber si las cosas están igual entre nosotros. Pero ¿sabes cuándo algo en tu interior te dice que por mucho que te lo propongas ya nunca será así?

—Calla, calla, que me vas a hacer llorar, mendrugo.

Claro que lo sabía, yo también compartía su temor. Lo aparté de mi cabeza, no, un hombre que

me quería así iba a conseguir que fuéramos felices.

—Perdona, cariño...

—No hay nada que perdonar. Vamos a hacer una cosa; pensemos en positivo. Los dos nos merecemos ser felices y vamos a serlo, ¿o no?

—¡Esa es mi niña! —me chilló.

Era lo mejor que teníamos, que cada vez que uno estaba hundido el otro lo levantaba. Mi amistad con Sebas era de las mejores cosas que la vida me había brindado.

Mala idea la nuestra de hacer una excursión aquella tarde. Estaba visto y comprobado que el revuelo que se formó a mi alrededor no nos permitía poner un pie fuera del resort.

—¿Mario has perdonado a Laila después de que te haya sido infiel públicamente? —Aquel paparazi le metió a mi novio el puñetero micro por la boca, como si fuera el palito ese que los médicos te meten para ver si tienes la garganta roja.

—Perdona, pero lo que yo haga o deje de hacer no es algo que te competa. Laila es la mujer de mi vida, como lo demuestra el hecho de que está a mi lado, ¿o es que no lo ves?

No le faltó elegancia para ponerlo en su sitio, y eso fue algo que yo le agradecí sobremanera, ¿cómo no hacerlo cuando estaba dando la cara por mí?

La cara de Valle, que disfrutó de lo lindo con la pregunta, se transformó cuando lo vio defenderme a capa y espada de ese modo. Cielos, qué zasca les acababa de dar a todos, a ella incluida.

—Yo te digo una cosa, si algún día veo a Pablo defenderme así, le prometo amor eterno—me confesó Sebas en el microbús.

—Sí que ha sido emocionante, la verdad, por momentos me estoy convenciendo más de que es el hombre de mi vida.

—Pues a disfrutarlo, niña, que no veas si nuestra vida está revuelta, la tenemos que enderezar, que yo me mareo ya con tanto trajín.

—Tú no te preocupes que Pablo te va a estar esperando en Madrid con los brazos abiertos, ya lo verás. También te lo mereces.

—Eso es verdad, que yo al musculitos, como tú lo llamas, lo quiero un montón. Ains, si es que hasta me imagino también dándole el “sí, quiero”. Tú tienes que ser mi dama de honor, Laila...

—¿Te imaginas la estampa, Sebas? Y si te parece te llevo también la cola del vestido—me carcajeé.

—Eso no, pero mi dama de honor vas a ser, dalo por hecho. Es eso o no me caso. Y ven aquí que los paparazis van a estar al pie del microbús y a ti te van a ver como una diva, como Sebas que me llamo que no te pillan con malos pelos...

Allá que me peinó como si fuera una Nancy, y Mario me tomó de la mano para bajar del microbús. Ni un segundo me quitó ojo de encima mientras nos asediaron. Me sentía francamente

arropada por él, por Sebas y por Cristina, que tampoco me perdía de vista.

No puedo decir que Romeo no estuviera en mi mente, pero procuraba verlo como un recuerdo... Un recuerdo de una aventura que iba a formar para siempre parte de mí, pero que tenía que ir diluyéndose...

Las muchas atenciones que me prestara Mario, y los planes de futuro que acababa de proponerme, obrarían maravillas en ese sentido.

—Lo que tenéis que preguntarle es cómo se puede estar tan guapísima y no morir en el intento, eso y dejaros de chorradas. —Sebas también sacaba la artillería pesada con los chicos de la prensa.

—Y ahora que volvéis a estar así de bien, Mario, ¿es de suponer que tenemos boda a la vista?

—Por supuesto, y estaréis todos invitados.

Capítulo 19



Mario estaba haciendo todo lo que podía y más para que aquellas fueran unas vacaciones inolvidables, aunque la continua presencia de la prensa nos obligó a permanecer en el resort la mayoría del tiempo.

—No sabes cuántas ganas tenía de sentirte. —Acabábamos de hacer el amor y me acariciaba el pelo.

Obvio que me quería, y me lo demostraba a cada momento. El nombre de Romeo no volvió a mencionarlo en aquellos días, ni siquiera quiso saber detalle alguno sobre lo que habíamos vivido.

En ese sentido lo admiraba. Cuando yo me enteré de lo suyo con Valle escarbé al máximo y no había día que no lo sometiera a un tercer grado, para mí que era como una purga, que cuanto más soltara menos se quedaría dentro. En fin, una total y absoluta paranoia...

Lo abracé, también sentía la necesidad de que estuviéramos bien...

—¿Se me va a pasar, verdad, Sebas? —le pregunté un rato después en la playa.

—¿El que todavía te acuerdes del otro? —Enarcó una ceja.

—Sí, el empichamiento, como tú dices... Porque un poco maldición sí que es. Te explico, cuando he estado en la cama con Mario, por un momento he dado un bote que casi llego al techo, porque vi la cara de Romeo.

—No te preocupes que lo habrás puesto muy ancho, se habrá pensado que el bote ha sido de gusto... Tranquila, date un tiempo, mímate, quíete y deja que te queramos los demás...

—¿Qué haría yo sin mi tirillas? —le pregunté mientras me dejaba abrazar.

A eso que llegó Mario y contempló la estampa con risas.

—¿Estás seguro de que este es gay? Mira que lo veo tan abrazadito a ti...

—Gay desde la cuna, si quieres te lo demuestro—le espetó un Sebas también burlón.

—No, deja, deja, con que me lo digas de palabra también me lo creo.

Mario, que estaba en el agua, había salido un momento y tomó su móvil.

—No me digas que están publicando más sandeces, por fi, que no puedo más—le dije viendo que su cara se tornaba un poco extraña.

—No, nada de eso, tranquila...

—¿No lo notas un poco extraño hoy? —le pregunté a Sebas cuando volvió a marcharse.

—Igual esta mañana sí que estaba un pelín serio, pero tampoco debe ser agradable para él todo lo que se está publicando, por mucho que haga de tripas corazón—concluyó con más razón que un santo.

—Pues también tienes razón. Bueno, el tiempo lo curará todo... Hasta esa carilla de pena que también me llevas tú. La próxima vez que vengamos a uno de estos destinos, te traes a Pablo, ¿eh?

—Sí, sí, el próximo viaje seguro que es mucho mejor...

El apoyo que teníamos el uno con el otro era inestimable, imposible para mí imaginarme lo que sería un viaje así sin él.

Cinco minutos después, Mario volvió a acercarse a nosotros y tomó nuevamente el móvil entre sus manos, tras lo cual de nuevo se marchó al agua.

—Algo le preocupa, sabe Dios lo que se estará cociendo en la prensa hoy, y el pobre creo que está sufriendo.

—¿Tú quieres mirar su historial? Coge el móvil, que ahora no nos ve.

—¿Estás loco? ¿Y la contraseña? Además, eso está fatal...

—Niña, que tampoco vas a cometer un crimen, es por saber lo que le preocupa, que la información es poder y para mí que yo sé la contraseña.

—¿Y eso? —No lo imaginaba.

—Porque ya lo he visto poner una un par de veces en la taquilla, es su fecha de entrada en el programa de la tele, toma nota...

No sé cómo me convenció, pero lo hizo, y lo peor fue que, ¡bingo! La contraseña entró.

Miré su historial y no, para mi sorpresa lo último que Mario había mirado era una página de alianzas de boda. ¡Cielos! Me llevé las manos a la boca, ¿la pedida ya estaba en marcha?

—Mira, mira—emocionada, se lo pasé a Sebas.

—¿Y esto? —dijo él en aquel momento.

—¿Qué? ¿Es que no lo ves? Son páginas de alianzas, me va a pedir matrimonio, sí que me quiere...

—No, no me refiero a eso, sino a este mensaje de Cristina.

—¿Un mensaje de nuestra Cristinita? —Ella se había levantado sin tener el cuerpo para jotas y nos dijo de bajar a la playa un rato más tarde.

—Sí, y otro y otro...—Entraron varios al mismo tiempo.

Imposible para mí contener mi curiosidad, más cuando uno de ellos era de una foto.

—Ábrelos, Sebas, ¿qué le está enviando esta niña?

—Eso digo yo...

Esas tres palabras fueron las últimas que pronunció mi amigo antes de ser él quien cayera desmayado. Sí, no es una forma de hablar, miró, vio y se desmayó...

—Sebas, Sebas...—Cogí el móvil para ver qué le había ocasionado tal sofocación y yo fui la siguiente que necesitó que le echaran viento; la foto era de un test positivo de embarazo y junto a ella una frase que decía “vamos a ser papás...”

El revuelo que se formó por el desmayo de Sebas fue también monumental, y Mario de los primeros en acudir. No lo miré, no dije nada, solo atendí a mi amigo... Cuando por fin volvió en sí, yo lo encaré...

—¿Así que vais a ser papás? Cristina y tú vais a ser papás...—comencé a gritar y no a patalear de milagro, por respeto a mi amigo que, pese a ello, volvió a cerrar los ojos y pegó un segundo cabezazo en la arena... Sí, iban a ser papás de un retoño fruto de un segundo par de cuernos que Mario me venía poniendo después de los de Valle...

Capítulo 20



Al final, todo viene a su sitio. Y los que se volvieron para España en el primer vuelo que salía ese día fueron los miembros de aquel cuarteto maldito. A esas alturas ya no sabía a cuál de ellos odiaba más...

—O sea, que el tío quería casarse contigo para tener agarrada a la oficial, pero luego tirarse a todo lo que se meneaba. —Sebas y yo decidimos permanecer allí hasta el final de nuestras vacaciones. Puestas las cosas así, que nos quitaran lo bailado.

—Así mismito, normal que la otra se fuera al suelo el día que Valle me espetó en toda la cara que ella de mí se andaría con ojo. Esa debía saberlo y bien que se reía para sus adentros.

—Sí, sí, al tío no le han dolido prendas en pasárselas por la piedra a todas, menudo picha brava... Cagadito de miedo estoy, con la carita de tonto que tenía cuando lo compramos.

—¿Y tú por qué estás cagadito de miedo? Porque yo me he llevado la sorpresa del siglo, pero también me he quedado como perro al que le quitan pulgas de haberlo desenmascarado.

—Sí, sí, porque este te llevaba como un rayo para el altar y te hacía dos niños seguidos. Con razón te perdonó tan fácilmente lo del italiano, porque él se las estaba comiendo de dos en dos. Pues te digo que estoy cagadito porque entonces cualquiera nos la puede dar.

—Jo, yo ya no sé ni qué pensar de nada ni de nadie. Cristina, pero sí era mi amiga... ¿Tú sabes lo que me ayudó ella al principio de estar en Madrid?

—Y ahora también te ha seguido ayudando, que te acaba de quitar de encima una prenda buena. Ese tío te iba a hacer sufrir una barbaridad, mi niña, te lo digo yo.

—Y que lo digas amigo, qué cerdo, y dándome coba con que era la mujer de su vida. Menos mal que te sabías la contraseña, tú siempre tan observador.

—Sí, sí, mi madre siempre me ha dicho que me agarro a un pelo y va a ser verdad. Lo que pasa es que eso también hace que me entren unos nervios... ¿Sabes lo que he pensado? Que, si todo sigue igual entre Pablo y yo, le voy a pedir que nos casemos, ahora te lo digo en serio.

—¿Ya? Pero si hace nada que lo conoces, Sebitas, ¿no te estarás precipitando?

—Pues lo mismo sí, pero nunca se sabe. Todo lo que ha ocurrido en estos días me ha enseñado que la vida es como un guion rocambolesco y yo quiero vivirla a tope. Y si me equivoco, que me den. Lo dicho, que te veo de dama de honor en breve.

—Pues tienes razón, amigo—suspiré—, hay que vivir el momento e intensamente, tú no sabes lo que me vengo acordando de Romeo en estos días que llevamos aquí solos.

Nos los habíamos tomado como una terapia, pero yo al italiano no me lo podía sacar de la cabeza ni mal ni bien. Lo que habría dado por hacerle cambiar de opinión, porque supiera que era cierto que yo estuve dispuesta a poner mi mundo patas arriba para unirlo al suyo. Lástima que fuera tarde...

Me adormilé, porque las noches no estaban siendo precisamente fáciles, y como era de esperar una vez más, soñé con él...

—Bella...—me decía para no variar, y su voz me sonó tan, tan real que por un instante creí que estaba allí de verdad.

—Romeo, cariño, ¿eres tú? —Mi sonrisa debía ser la más amplia de todas, cuánto daría porque así fuera.

—Estoy aquí, bella, despierta...

Nunca me había despertado en un sueño, pero abrí los ojos y lo vi.

—Hola, Romeo, estoy soñando contigo, ojalá estuvieras aquí de verdad, no sabes cuánto y cuánto te extraño, amor, yo no quise mentirte; solo que mi relación con Mario estaba tocada y hundida, pero no reuní el valor... Te lo digo en sueños, ya que no puedo decírtelo a la cara, abrazándote y besándote como quisiera.

—¿Y eso por qué? Mírame. —Abrí bien los ojos, que tenía entrecerrados y noté unas sensaciones que me estremecieron. Todo estaba igual que cuando me dormí; la algarabía de los chavales, el socorrista que no los perdía de vista, el monitor de *aquagym* dale que te pego...

—¿Romeo? ¿Eres tú de verdad?

—Pellízcame si quieres, bella.

En su lugar, me pellizqué yo, tan fuerte que llegué a hacerme un moretón. Fue entonces cuando comprobé que estaba a mi lado. Y junto a él un Sebas lloricoso que saltaba y daba palmitas.

—Romeo, cariño, ¿qué haces aquí? Eres de carne y hueso, no un sueño...

—Y de músculo, también es de músculo—apuntó Sebas haciendo un gesto con la mano de que Romeo estaba como un tren.

—He venido a por ti, bella, no he podido sacarte de mi cabeza. Por la prensa me he enterado de todo el escándalo de Mario, entiendo que estabas pasando por un momento muy delicado y la confusión que sentías, no era fácil.

—Te prometo que te lo iba a contar ese día, de ahí lo de quedarme en Méjico, te lo prometo. Entré en el baño porque no podía aguantar los nervios, pero la llamada de Maggie impidió que me diese tiempo.

Yo entendía que la chavala quisiera ponerle sobre aviso, pero a mí me hizo una faena tremenda.

—Puedo entenderlo, lo que pasa es que en ese momento me cegué. No quería que lo nuestro empezara con mentiras porque para mí era algo muy importante, ¿me sigues?

—Te sigo, porque de hecho yo me equivoqué, Romeo, pero te prometo que no fue a propósito, que no quise en ningún momento hacerte daño ni jugar contigo; solo necesité unos días para poner en orden mi cabeza. Entraste muy fuerte en mí, tienes que comprenderlo...

—Huy, niña, no entres en tantos detalles que me estremezco. —Sebas lo tomó con doble sentido y se echó unas buenas risas a mi costa, se lo estaba pasando pipa.

Y si para él fue motivo de regocijo la visita de Romeo, para mí fue el inicio de mi nueva vida... Mi nueva vida soñada en la que él fuera el protagonista.

Capítulo 21



La cosa era muy simple; a mí no me movían ya de Méjico ni con agua caliente, por lo que un par de días después despedimos a un Sebas al que le costó la misma vida decirme adiós.

—A ver “bella” —parodió la forma de llamarme de Romeo—, te quiero en Madrid cada dos por tres de visita, ¿eh? Que me has dejado solo ante el peligro, mira qué plan, yo ahora con aquellos cuatro imbéciles todo el día para arriba y por abajo.

—Tómalo con resignación cristiana, amigo, y piensa que a mí me importan ya un bledo todos, ¿también vendrás a visitarme con Pablo?

—Hombre, no, si te parece, me pierdo vacaciones gratis en el casoplón del galán este...

Con lágrimas en los ojos nos quedamos mi amigo y yo. Junto con Romeo, me marchaba ese día para su casa; las horas transcurridas desde su llegada habían sido maravillosas y ambos moríamos porque me instalase allí.

—No te voy a aburrir con ropa y trastos; dos maletas es todo lo que tengo hasta que Sebas me vaya enviando mis cosas. Dos maletas y unas ganas infinitas de hacerte feliz, eso sí.

—Ya lo has hecho, bella. Y mañana al que vas a colmar de dicha es a José Luis, que no contaba ya contigo.

—¿Tú crees que va a seguir dándome la oportunidad después de que yo la rechazara? Fui más tonta que una caída de espaldas, y ahora tendría que conformarme si me envía a paseo.

—Él sabe muy bien los bueyes con los que ara, y si hace algo de eso, se queda sin protagonista. —Me guiñó el ojo y me dio el enésimo beso del día, imposible separarnos, solo queríamos sentirnos a todas las horas.

—No, no tienes que hacer nada de eso por mí, ni se te ocurra meterte en líos...

—Por ti me metería hasta en adobo si fuera necesario, bella, te lo digo muy en serio.

—Y yo siento que este es el papel de mi vida, niña, el que quiero interpretar a tu lado, independientemente de si triunfo o no como actriz.

—¿Aún dudas que vayas a triunfar? Te digo yo que en un tiempo me superas en fama, dalo por hecho...

—Tú alucinas, pero me gusta saber que depositas tanta confianza en mí.

—Es que yo creo en ti de verdad, bella, tú vas a llegar muy, muy alto...

Al lugar al que llegamos aquel día fue a su casa, eso sí que puedo afirmarlo. Y la pequeña Bella nos hizo un recibimiento de escándalo.

—Mira Bella, te he traído a otra bella, a la mujer que me tiene loquito. Y tú y yo somos unos suertudos porque esta preciosidad se queda con nosotros. —La acarició.

—Di que la suerte es mía por poder compartir la vida con dos seres tan bonitos—añadí.

La primera noche en la que ya consideraba en parte mi casa supuso todo un derroche de amor para ambos.

—No sabes cuánto he deseado que esto ocurriera en estos días. Suerte que el azar nos ha ayudado—me dijo al conciliar el sueño después de una sesión amatoria de horas.

—Habría bastado con que fueras a buscarme para que lo dejara todo, con independencia de con quién estuviera, te lo prometo.

Así lo sentía, como también sentía un poco de vergüenza a la hora de ponerme delante de José Luis al día siguiente.

—Vaya, vaya, así que la “mejor actriz” vuelve como una ovejita al redil. —Ese si no soltaba alguna pulla no vivía.

—Pues sí, y seguro que estás pensando en que esta es una gran oportunidad para todos, ¿o no? —le soltó un Romeo que estaba seguro de lo que decía.

—Ya, ya... Sí, tienes razón, es una gran oportunidad... Pero te vas a tener que empapar los guiones de dos en dos, “mejor actriz”, que en pocos días comienzas a rodar—me advirtió.

Pocas veces una advertencia me había sonado mejor, o ninguna. Para mí fue todo un regalo en un día en el que ya todos allí estaban al tanto de los vaivenes de nuestra historia. Me sentí muy apoyada, sobre todo por Ana.

—Hija de mi vida la que has organizado. Y mira que a mí desde el principio me dio la sensación de que tu cara me sonaba, pero pensé que eran invenciones mías por eso de que somos paisanas.

—Si es que tampoco yo me anduve con mucho cuidado, Anita, fui un poco a pecho descubierto.

—No mujer, si hubieras ido “a pecho descubierto” de verdad habrías organizado un pollo todavía mayor. Mira chica, que has hecho muy bien, has vivido lo que te ha dado la gana y con quien te ha dado la gana. ¿Sabes lo que te digo? Que yo te alabo el gusto.

Anita era un amor y yo pensé que la candidata ideal para convertirse en mi nueva mejor amiga del día a día, a bien que no quería pensar que todas las personas me la fueran a jugar como Cristina.

Cristina... bien me la había pegado. Y yo que volcaba todo mi odio en Valle, cuando lo de ella fue un juego de niños al lado de lo que tramaban los otros dos. A Mario, obvio que lo del embarazo le cogió de sorpresa, eso sí... Probablemente lo hizo el destino para que yo abriera los

ojos de una vez.

—Gracias, Anita. Al final yo también me quedo en Méjico por amor, como hiciste tú—
suspiré.

—Y no te vas a arrepentir ni del lugar ni tampoco de la persona que has escogido para
hacerlo.

¿Lo había escogido yo a él o él a mí? Eso era absolutamente lo de menos, lo de más era que
me sentía poderosa, dichosa, deseosa y todo lo que terminase en -osa.

El lunes comenzaba un rodaje que me expondría ante el gran público y eso me ponía ansiosa,
otro adjetivo más que terminaba igual.

Epílogo



Un año después

...Y el público no pudo darme una acogida más calurosa (de nuevo el -osa). Mi papel como Leticia me catapultó a la fama en pocos meses, dado que Lorena, que siguió llevándose a matar con José Luis, terminó por dejar la telenovela al poco tiempo de incorporarme yo.

—A esa engreída también le ha picado que el personaje de Margarita quedara un tanto relegado por el de Leticia y no lo ha soportado, te lo digo yo. —Ana tenía su propia teoría al respecto y así lo hablábamos algunas mañanas al principio de ella irse.

—Ya, igual entre eso y el mal rollo con José Luis, ha preferido coger el pescante.

—Pues mejor, que ahora será Leticia la que rueda las escenas de amor con Francisco, y así te ahorras el ver a tu chico besando a otra.

—Sí, sí, por esa parte me he quedado en la gloria...

—Y que te digo yo que ahora sí que vas a triunfar a lo grande, hazme caso.

No se equivocó mi niña. Para los seguidores de la telenovela, la pareja de Francisco y Leticia supuso toda una revelación, y así nos lo hacían saber cada vez que llegábamos a cualquier lugar. Durante aquellos meses desde la marcha de Lorena, la gente nos mostraba todo su cariño cuando aparecíamos juntos también fuera de la escena.

—Ven aquí, mi niña, que te voy a dar un masaje en la cabecita para quitarte todas las tensiones. —Sebas seguía siendo mi gran apoyo y yo agradecía al cielo cada día volver a tenerlo conmigo.

¿Que eso no lo había contado? Pues la cosa tiene miga... Vamos por partes; cuando regresó a Madrid, mi amigo se encontró con un mal rollo insoportable en el trabajo y no tardó en tener una tangana de mucho cuidado con todos ellos, que poco le faltó para meterle mano a alguno.

A mí, que lo echaba de menos una cosita mala, se me ocurrió la idea de que pudiera tener cabida en la productora y le comí al coco a José Luis en el sentido de que lo necesitábamos... Al menos yo, que lo quería cerca, pero tener a un estilista de su talla también nos vendría fenomenal.

El problema era lo de Pablo, porque Sebas seguía con Pablo, y tanto que seguía. Lo que le pasaba al musculitos en aquellos días era que había perdido el curro y de ahí su malestar. Y Sebas lo veía todo el día “en línea” porque estaba removiendo Roma con Santiago en busca de curro

entre sus amistades, sin querer preocupar a su novio.

La solución a su problema llegó de manos de Romeo, a quien le encantaba el deporte y que invirtió en un gimnasio del que se encargaría Pablo, de modo que mi amigo y su futuro marido (que acababan de comprometerse) llegaron un buen día a Méjico con las maletas llenas de felicidad.

Aquella mañana íbamos a rodar la imagen más emocionante de la telenovela hasta el momento. Después de numerosos avatares, Francisco le iba a pedir matrimonio a Leticia.

—Sí, sí, Sebitas, hoy necesito que me des un buen masaje, que la escena tiene que salir a pedir de boca...

—Y va a salir, “mejor actriz” y va a salir...— Ya se me había quedado el sambenito ese y todos me lo soltaban a modo de broma a cada momento.

Comenzó el rodaje y yo temblaba de pies a cabeza, si bien Romeo me decía que los nervios no se me notaban ni un ápice.

—Leticia, tengo que decirte algo que sé que no te esperas, pero es que no puedo más... Mi corazón late con tanta fuerza cada vez que apareces ante mis ojos que temo que pueda estallar, ¿te casarás conmigo?

—Francisco, o sí, Francisco... No solo lo esperaba, sino que lo deseaba con todo mi corazón, que ahora también parece que va a estallar, te quiero tanto...

Aproximando nuestros labios, nos dimos un beso de película (y nunca mejor dicho), tras el que escuchamos el ¡corten!

—Perfecta, una escena perfecta. —José Luis aplaudió, y vaya si eso era difícil en él. Nos había salido a la primera.

—Yujuuuu...—Besé a Romeo, me sentía feliz—. Nos ha salido de lo más natural, mi amor...

—¿Sí? Pues ahí va otro arranque de naturalidad...—Chicos seguid grabando, porfi, que esta es la escena que quiero que dé la vuelta al mundo—. ¿Laila te quieres casar conmigo? No voy a decirte cuánto salta mi corazón cuando te ve porque ya lo sabes... Lo que quizás no sepas es que muerdo por hacerte esta pregunta desde el día en que te conocí.

—Romeo, ¿me lo estás preguntando de verdad? —Mis ojos se llenaron de lágrimas.

—Y tan de verdad, bella, delante de esta cámara que tanto te quiere, y de todas las personas que también han aprendido a quererte en tan poco tiempo.

—¡Yo ya la quería antes! —No pudo reprimirse un Sebas que lloraba a moco tendido.

Yo también lo quería a él, y a todos, y principalmente al hombre que acababa de hacerme una pregunta que me hizo vibrar como ninguna otra.

—Claro que me caso contigo, Romeo, claro que me caso contigo...—Nos besamos y todos rompieron a aplaudir.

—¡Qué escena, esta sí que es una escena! —murmuraba un José Luis que nos sorprendió

borrando alguna lagrimilla de sus ojos con el dorso de su mano. Él también tenía su corazoncito.

En honor a la verdad, no hubo uno solo de los presentes al que no se le escapara una lágrima o un gesto de apoyo a una escena que ninguno esperábamos.

A continuación, Romeo hizo entrar a los chicos de un catering que esperaban en la puerta, y el rodaje se convirtió en una inesperada celebración en la que no faltó un grupo de mariachis que animó el cotarro al máximo.

—¡Qué calladito te lo tenías, amor! —le decía esa noche en la cama, pensando que, definitivamente, aquel era el papel de mi vida, por lo mucho que me estaba dando.

Puedes seguirme en mis redes sociales:

Instagram: @almafernandez.autora

Facebook: [Alma Fdez](#)

Amazon: relinks.me/AlmaFernandez

Con mucho cariño,

Alma.